



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

1
SHILICOLOGIA:
HISTORIAS
DE INFANCIA
Por Moisés Chávez

SU MAJESTAD... ¡EL GRAN PBI!
Y su Serie SHILICOLOGIA



El PBI, el Patito Bonito e Inteligente



PROLOGO

Shilicología 1: Historias de infancia es el primer volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 16 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA	1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA	2	Aventuras en pañales
SHILICOLOGIA	3	Sueño y realidad
SHILICOLOGIA	4	Los shilicos franchutes
SHILICOLOGIA	5	El Doctor Nelo
SHILICOLOGIA	6	El Diario del Capitán
SHILICOLOGIA	7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA	8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA	9	Genio y figura
SHILICOLOGIA	10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA	11	El Fuscán
SHILICOLOGIA	12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA	13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA	14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA	15	Introducción a la Shilicología
SHILICOLOGIA	16	Loca Odisea-Perú 2024

* * *

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si de yapa quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el volumen introductorio BIBLIOTECA INTELIGENTE de EL GRAN PBI y de nuestra página web Biblioteca Inteligente.

La secuencia de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico en los últimos volúmenes y de manera especial en el Volumen 15, que lleva por título, *Introducción a la Shilicología*, que si va al final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-3 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 4-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

Los shilicos franchutes enfoca tanto a los shilicos chistosos que hablan mochando las palabras como en el francés hasta aquellos que enfocaron seriamente sus aspiraciones en las universidades de París y lograron éxito en aquellos años cuando la cultura francesa inundaba el mundo y aun en el día de hoy. Entre muchos mencionamos al Gral. José del Carmen Marín, el Dr. José Marín Gonzáles, el escritor Alfredo Pita, etc.

El Doctor Nelo rescata algunos recuerdos del Profesor Daniel Quiroz Amayo, que con toda justicia y en el noble sentido de la palabra ha sido designado el “Quijote de Celendín”, porque Celendín fue para él su encantadora Dulcinea.

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital del Perú, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto a la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada “La dimensión del mito” parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, “La dimensión de la piedra”, con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de “Los Rougrats”, de chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y a lo largo de la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

El Fuscán, “El Buscador de Oro”, epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra —Segarra con “s”, como él quería—, es también el título de mi obra que intenta pintar con palabras-acuarelas su polifacético perfil humano y shilico.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-16 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, “Shilicología”:

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o “tradiciones” relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran “portugueses” que vinieron del Brasil por las rutas no-rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale a la ayuda de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando no entienda algunas de nuestras expresiones shilicas recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, indicadas en su texto mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de “Shilicología”, si bien ya se ha difundido en otros países, sobre todo en Francia.

Loca Odisea-Perú 2024 tiene características distintas de las anteriores pues presenta más bien un viaje de peregrinación a Celendín, un viaje y un recorrido como el que hacemos todos los shilicos que desde todos los rincones del mundo volvemos a nuestro terruño aunque sea para respirar su aire por unas cuantas horas.

* * *

Si la lectura de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de EL GRAN PBI y de la página web Biblioteca Inteligente especialmente en la Serie DIALOGO VITAL y la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA accede a nuestro programa informático EL GRAN PBI y visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

A continuación te damos la llave para que dentres. Y cuando sales, cierras bien y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondidita debajo del chungo, para que nadie más la encuentre:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a nuestro programa informático, EL GRAN PBI —Programa Biblioteca Inteligente—, para ser instalado en vuestras computadoras personales e incluso en vuestros teléfonos móviles con el contenido actualizado de la página web Biblioteca Inteligente, consulta a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

Al mismo email escribe para recibir regularmente *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología.

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

ANTOLOGIA DE HISTORIAS CORTAS

1

EL MUNDIALITO EN LA CUARTA DIMENSION

2

EL REY DE LAS HISTORIAS

3

EL CAPITAN SEMBRANDO

4

LOS COMPADRES

5

ESCAPADA A LLANGUAT

7

6

MI ESCUELA 81

7

EL COLLERA

8

EL PERIODISTA

9

EL ERUDITO DE LA BIBLIA

10

LA MAGIA DE RUBI

**ANTOLOGIA
DE HISTORIAS CORTAS**

**1
EL MUNDIALITO
EN LA CUARTA DIMENSION**



Moisés Chávez tiene la pelota

—En el juego de las canicas o bolitas de cristal, yo nada tenía que hacer, porque mi puntería era una porquería.

—¡No me digas!

—Nunca metí la bolita en el güeco, ni golpeé con mi bolita la bolita de mi contrincante.

—¡Jué!

—Ni lo hice bailar al trompo, ni lo recogí en la palma de mi mano. . .

- ¿Y diay?
 XEn los partidos de fútbol en la escuela, yo nunca metí gol. . . Yo metía autogol.
 —¿Y?
 —¿Quién podría imaginarse que yo llegaría a participar como arquero en un Mundial de Fútbol y que fuera declarado, como Zidan Zidane, el mejor jugador del Mundial!
 —¿De veras?
 —Como verás, un pequeño como yo tendría indefectiblemente que apartarse de los demás niños, e incluso acomplejarse, a no ser que. . .
 —¿A no ser que qué?
 —A no ser que recurriera a la magia de la shapiringato!
 —¿Por qué le das tanto mérito a la shapiringato?
 —Porque es algo de la *pitri mitri*, y realmente funciona.

* * *

- Te diré que gracias a la shapiringato yo andaba con mis bolsicos llenos de chanos y bolitas de cristal. De cuadra a cuadra me podían ver andando pesadamente como las vacas lecheras que llevan a cuestras sus ubres cargadas de leche. De allí deriva el apelativo de “lechero” para el suertudo, es decir, para alguien como yo.
 —¿No me digas!
 —Mi cercanía era anunciada por aquel sonido seductor de las bolitas de cristal cuando se rozan unas con otras en tu bolsico, que digo, en mi bolsico de mí.
 —O sea que tenías leche. . .
 —Amo decir. . .
 —Con todo, no creo que la shapiringato tenga algo que ver con eso. Es más, yo no creo que tenga nada de magia, ni menos que tenga algo que ver con el Shapingo, como se suele decir. . .
 —Yo tampoco creo que tenga algo que ver con el Shapingo, pero sé que funciona cuando. . .
 —¿Cuándo qué?
 —Cuando te ayudan los duendes de la Cuarta Dimensión.

* * *

Hemos transcrito arriba el diálogo de dos niños mataperros, el Shapi y el Munsho de Tomate (u “Ombligo de Tomate”).

El Shapi adquirió fama en Celendín a causa de su práctica exitosa de la shapiringato —palabra que deriva del síncope o forma corta de “Shapingo” (diablo), “orín” y “gato”, porque supuestamente la unción del juego con la orina de un gato es lo que concede eficacia a la magia del ritual—.

El Munsho de Tomate llegó a convencerse de que lo que le decía el Shapi era cierto, pero se propuso sonsacarle ese otro secreto que le intrigaba tanto. . . El secreto de “los

duendes de la Cuarta Dimensión”. Porque ese Mundial de Fútbol en la Cuarta Dimensión no fue de la FIFA, ni tuvo lugar en Alemania, ni en ningún otro lugar del globo terráqueo.

Pero antes de referirnos a los duendes de la Cuarta Dimensión hagámonos la pregunta de rigor: ¿En qué consiste la shapiringato? —Porque supuestamente la shapiringato y la Cuarta Dimensión se relacionan. ¿O sí?—

* * *

Cuando un excelente jugador de bolitas o de rayuelo se dispone a hacer uso de su turno en el juego, su contrincante, o más bien, los compinches de su contrincante, pueden “salarle” la jugada mediante un extraño ritual. A ese ritual llaman “la shapiringato”, o de manera corta, “la shapi”. Así se habla de “hacerle la shapi a alguien”.

—Es como echarle un hechizo, un encantamiento, y anularlo en el juego.

—¿Cómo la chincharra paralizadora?

—Algo por el estilo.

—¿Y cómo se lleva a cabo?

—No sé si te lo deba revelar, pero cuando el jugador experto se pone de cuatro patas para apuntar y lanzar su bolita de cristal, se le hace la manizuela por el culo, y de este modo se le sala la jugada y se la echa a perder.

Por si acaso, te explicaré también lo de la “manizuela”: Antiguamente, cuando todavía no estaba muy desarrollada la mecánica automotriz, para que arrancara el carro había que meterle la manizuela al motor en la trompa del carro, y darle dos o tres vueltas de manera violenta. Entonces se encendía el motor y el carro arrancaba. Luego subían al carro y guardaban la manizuela debajo del asiento del chofer, ¡y a la marcha!

—Generalmente ese trabajo era del chulillo o “chuliyo” que acompañaba al chofer, por lo que antes los chulillos eran trejos, no como ahora que son una tira de lanros.

—¿Si hasta chulillas hay ahora!

* * *

Ahora bien, en el caso del juego de las bolitas de cristal, o canicas, no se requiere meterle la manizuela ni por delante ni por detrás. No. . . ¡No vayas a cometer ese error!

Todo se reduce a un sencillo ademán; eso sí, tienes que actuar con fe y ponerte de pie detrás del jugador que hace uso de su turno.

Por eso en el juego los muchachos tienen mucho cuidado de no tener a alguien detrás de sí cuando se disponen a jugar, porque el que menos te imaginas te puede hacer la shapiringato para echarte a perder el juego y las apuestas.

Es tanta la tensión, que no hay que fiarse ni de los que no juegan y que sólo se paran para “abrir su boca”.

Y hay que cuidarse sobre todo de aquellos que tienen “cara de cojudo”, porque esos pueden ser los más eficientes en lo que a la shapiringato se refiere.

* * *

Ahora bien, aquellos que hacen de la shapiringato su principal ocupación; aquellos que viven de eso, no tienen necesidad de ponerse detrás de un jugador ni de hacerle el ademán de la manizuela, y menos de decirle: “¡Shapiringato!”

Los más avezados pueden hacerte la shapiringato mentalmente, mediante un intenso esfuerzo de concentración, y los resultados no se hacen esperar.

—Pero no todos los que hacen la shapiringato tienen éxito, que digamos, salvo que metan su cuchara en el chupe los. . .

—¿Quiénes? ¿Quiénes?

—Los duendes de la Cuarta Dimensión.

* * *

Ese que era el caso del Shapi, que al principio sólo prestaba bolas a los que sí jugaban y perdían las suyas, con el pago de su respectiva comisión, por supuesto.

Su único anhelo era tener sus bolsicos llenos de bolas y de rato en rato hacerlas sonar metiendo sus manos y removiéndolas con los dedos, porque ese sonidito lo alocaba a cualquiera. Hasta las niñas comentan diciendo: “¡Ese cholito sí que tiene bolas!”

Al principio el Shapi hacía la shapiringato sólo por el gusto de estar metido en el juego, de algún modo, aunque no le dejasen jugar. Sólo después saltó a las apuestas, y empezó a intrigar a todos porque siempre apostaba a ganador.

* * *

Ahora sí, ¿qué tipo de experiencia tuvo el Shapi con los duendes de la Cuarta Dimensión? ¿Cómo llegó a ser arquero en el Mundial de Fútbol?

Como te dije, el Shapi le contó su secreto a su amigo y confidente, el Munsho de Tomate. Y el Munsho de Tomate le contó al Tarjapanza, y el Tarjapanza le contó al Quende, y el Quende, como era pajarito, voló con el cuento a todo el mundo y así llegó a mí, Paco Mulloshingo para servirle a usted.

Yo tuve el mérito de publicar el secreto en un documental del diario “Ajá”, tras una exhaustiva investigación de los hechos.

Para confirmar la verdad de las cosas busqué al Munsho de Tomate en su casa en Lima, en la Urbanización Ingeniería, cuando ya era viejo canoso. Yo le rogué que me lo contase todo a mí, personalmente.

Al principio él se hizo de rogar, pero cooperó de buena gana cuando le metí en su seno un billete de cien dólares, *made in Irán*.

* * *

El confesó, empezando con una advertencia de rigor:

—No vayas a pensar que esto tenga algo que ver con el Shapingo, porque al fin de cuentas todo se reduce a un juego inocente como aquellos juegos y pasatiempos a los que se dedican los Poltergeists. ¿Has oído hablar de los Poltergeists, los “espíritus traviesos”?

—Ellos son duendes, ¿verdad?

—Steve Spielberg ha filmado una película acerca de sus travesuras con que ellos trastabillan la vida de los humanos, aunque exagera las cosas, porque en realidad no son malos; sólo son “quemasangres” como los shilicos. ¿Crees en estas cosas?

—Bueno, cuando alguien destaca como experto en la shapiringato; cuando no le fallan nunca los hechizos y a pesar de ser malazo termina ganando todas las apuestas y llenando sus bolsicos de bolitas o de otras baratijas, por lo menos hay que sospechar de que hay algo de por medio. . .

—Entonces, abre tus oreplas y escucha cómo el Shapi llegó a participar como consagrado arquero en el Mundial de Fútbol de la Liga de la Cuarta Dimensión. . . Y por qué dicen en Celendín: “¡Qué FIFA ni qué FIFA!”

* * *

En aquellos tiempos el equipo de fútbol del Colegio Javier Prado de Celendín campeonó a nivel departamental, derrotando a los equipos provinciales en todo Cajamarca.

La recepción que tuvieron en Celendín los miembros del equipo campeón fue apoteósica. Por la calle del Comercio los bajaban en hombros a todos los integrantes del equipo, y a la cabeza iba el Gayo, el capitán del equipo, llevando en sus manos la pelota que había catapultado a la misma gloria al equipo de Celendín.

Cuando llegaron a la Plaza de Armas, los subieron en hombros hasta el salón de actos de la Municipalidad, y en el momento cuando el Gayo apareció en el balcón celeste llevando en alto la pelota campeona el pueblo prorrumpió en aplausos y gritos de júbilo.

Yo lo recuerdo bien, porque me encontraba justo al pie del balcón vitoreando: “¡Gayo! ¡Gayo! ¡Gayo!”

* * *

También el Shapi estaba por allí, patafría y con su pantalón sostenido con la media nylon de su hermana Esther. Recuerdo haberlo visto que bailaba de alegría.

Después de aquel acontecimiento, todos los muchachos querían ser Gayo, e imitaban a su héroe. La actividad futbolística entre los pequeños se prolongaba hasta las altas horas de la noche y a oscuras, porque se olvidaban hasta de comer y de dormir por patear la pelota de trapo. Y aquellos que por alguna razón no pateaban la pelota, se las daban de locutores radiales que narraban el juego y concluían siempre gritando: “¡Lleva la pelota Gayo y. . . ¡Gol! ¡Gol de Gayo!”

—Uno de esos locutores era el Shapi, salvo que pagara algunas cuantas bolitas para que lo dejaran jugar.

—¡Es que él tenía fama de meter autogol!

* * *

Dirás que me he apartado del tema; pero fíjate que no.

Resulta que esa pelota, esa pelota gloriosa, considerada como una reliquia sagrada, le fue prestada al Amauta, a Don Orestes de Tavera y Quevedo, “sólo para que la vea”. Es que él era uno de los principales gestores del deporte en nuestra ciudad, y la portada de su

casa estaba a pocos pasos de su tienda de alfajores de doña Elenita Tirado, detrás de la cual estaba la casa donde vivía el Gayo.

Después de concederle la gloria de estampar también él su firma sobre la pelota, se la prestaron sólo por un breve momento. Se la dieron a condición de que no la mandase devolver con nadie, pues el mismo Gayo en persona iría a recogerla en su casa, para mayor seguridad.

Así es como la pelota quedó guardada bien alto encima de un estante de libros en la biblioteca del Amauta, declarada por la UNESCO patrimonio cultural de la humanidad. Por eso será que ha sido desmantelada poco a poco.

Habría sido a eso de las seis de la tarde que llevaron la pelota campeona a la casa del Amauta, y como los campeones tenían que atender a sus hinchas más fanáticas y alocadas, se olvidaron de la pelota, la cual se quedó en su biblioteca del Amauta.

Nadie, ni el mismo Amauta, se había dado cuenta de que por allí andaba colado su cuñado, el Shapi. Por entonces él tendría nada más que siete años de edad y a las justas alcanzaba su quijada al alto pupitre de escuela que le servía de escritorio al Amauta.

* * *

Dirás que me he apartado del tema; pero fíjate que no.

Nos quedamos en que aparte del Amauta, sólo el Shapi sabía donde fue puesta la pelota hasta que fuera devuelta al Gayo “en manos propias”.

Como aquella biblioteca tenía un candado que siempre estaba de más, porque nunca le echaban candado, muchas cosas valiosas, tanto libros como otras antigüedades, fueron desapareciéndose de allí como por arte de magia. Había ocasiones cuando la biblioteca era dejada con las puertas abiertas de par en par, sirviendo de tentación a cualquiera que entrara a la casa con sólo tirar del guatito de la portada. Además, la mayoría de las veces, los de casa se encontraban comiendo y bebiendo, y solazándose en el patio del fondo, junto al horno, y no se enteraban de quiénes entraban o salían de la mansión encantada, que actualmente alberga a la Embajada de Oxamarca, sí, en la calle del Comercio.

* * *

Para resumir, no fue nada difícil para el Shapi entrar a la biblioteca, protegido por la penumbra. El trepó al estante y tomó con sus manos temblorosas la pelota campeona, la gloriosa reliquia de Celendín, la misma que tenía las huellas frescas del más grande de los ídolos del fútbol: ¡El Gayo!

Bajó lentamente, cerró la puerta de la biblioteca, le puso el candado, sólo colgadito, sin asegurarlo, tal como lo había dejado el Amauta, y apretó la carrera a la Plaza de Armas para mostrarla a los cholitos que estaban jugando fútbol con sus pelotas de trapo, usando como arcos las bancas de granito.

* * *

Cuando ellos vieron la reliquia en sus manos, se apoderó de todos un gran sentido de admiración por el Shapi y no se atrevían a acercársele demasiado para arranchársela.

Entonces él sintió lo que de veras es el poder, y prosiguió a elegir a los que él quería y a quienes permitiría la gloria de tomar la pelota en sus manos y hacer con ella algunas gambetas y golpecitos de cabeza, de pechito, de talón, de rodilla y de hombrito.

Finalmente acordaron jugar con ella un partidito, pero no en la Plaza de Armas donde podían ser descubiertos y llevados de las orejas al puesto de la Guardia Civil, sino en la plaza de La Felicianana, detrás del toril, delante de la casa encantada, “La Concertina”, donde no los pudiesen encontrar.

No importaba que fuera de noche, pues jugarían alumbrados por el resplandor de la Luna llena.

* * *

Tú dirás que me he apartado del tema; pero fíjate que no.

El Shapi, como era considerado el “dueño y señor” de la pelota campeona, puso a todos los muchachos, a cada uno en su lugar, y escogió para sí la ubicación que más le gustaba: Arquero, como el Gayo. Y luego empezó el glorioso partido.

Pero no habrían jugado más de diez minutos cuando ocurrió algo misterioso: Le dispararon la pelota contra su barriga y metieron un golazo con él y todo.

El Shapi desapareció como por arte de magia, y todos los muchachos se quedaron con los crespos hechos.

Cansados de buscarle se volvieron a la Plaza de Armas, cabizbajos y entristecidos, pensando que se había vuelto allá con la pelota después de haberse burlado de todos ellos, haciéndoles querer. Algunos inclusive planearon propinarle una buena apanada cuando lo lograsen encontrar.

Pero lo que realmente había ocurrido fue algo extraño, algo que casi no ocurre y que es difícil explicar y más difícil creer.

* * *

Explican los meteorólogos que a veces se produce al ras del suelo un fenómeno muy interesante, similar al arco iris, pero de noche, y no por efecto de los rayos del Sol, sino por los rayos de la Luna llena.

El caso del arco iris es más frecuente y todos conocemos la explicación: Las moléculas de agua en suspensión, al ser iluminadas por los rayos del Sol actúan como prismas y reflejan la luz solar disuelta en sus siete colores componentes. Cuando los rayos del Sol se proyectan en un determinado ángulo sobre la masa acuosa, los bordes del área iluminada de dicho cono se convierten en un hermoso arco iris.

Esto es fácil de entender; no así lo que ocurre cuando los rayos de la Luna llena se concentran en ángulo sobre la niebla al ras del campo. Los científicos explican que en el vórtice del cono de luz se forma una especie de espejo diminuto, en el sentido de que refleja el resplandor de la Luna, durando el fenómeno sólo unos segundos, que es la razón por la que generalmente no lo capta el ojo humano.

Es posible que esto se produzca con frecuencia, pero no nos damos cuenta por ser de noche.

Para resumir, estos espejos lunares son utilizados por los duendes para salir y entrar a discreción a la Cuarta Dimensión.

* * *

Dirás que me he apartado del tema; pero fíjate que no.

Lo que había ocurrido fue que uno de los muchachos pateó con energía la pelota e hizo gol con arquero y todo. Y el Shapi con la pelota dio contra uno de esos espejos que se había formado detrás de las carcas de vaca con que habían señalado el arco, y desaparecieron de inmediato.

Para resumir, el Shapi, juntamente con la pelota campeona, fue “restado” por una patota de duendes quemasangres, en medio de gran jolgorio. Hacía tiempo que ellos conocían de sus trampas y se alegraron de tenerlo de repente como huésped ilustre en su entorno infranatural.

Acto seguido lo llevaron a la misma presencia del Duende Mayor.

El Duende Mayor lo llamó cariñosamente por su apodo, Shapi, y le dijo que quisieran tenerlo con ellos todo el tiempo que él quisiera, y que para volver a la realidad sólo tenía que dar tres botes sobre el suelo con la pelota campeona, y aparecería de nuevo en el mismo lugar donde desapareció.

Pero ni bien él acabó de hablar, uno de los duendes más pequeños que le hacía recordar mucho a su amigo, el Munsho de Tomate, tanto por su tamaño como por su carita rechoncha y picarona, le arranchó la pelota campeona y se puso a darle botes.

El Shapi quiso quitarle la pelota, pero el duende le hizo un pase a otro duende, y ése a otro duende, y así sucesivamente hasta que se dio cuenta que si quería recobrarla tendría que hacerse el que no la quiere y tomarles de sorpresa. Pero eso sería muy, pero muy difícil, porque siempre ocurre que mientras los duendes están de ida, tú estás de vuelta, o creo que es al revés.

* * *

Mientras ese duende se apoderó de la pelota todo el tiempo, otro les dijo:

—¡Masque vamos a hacerles la shapiringato a los que juegan a las bolitas en la Plaza de Armas!

Y fueron todos corriendo y saltando a divertirse haciéndoles perder a los buenazos y haciéndoles ganar a los maletas. Entonces por primera vez supo el Shapi en qué consistía el poder de la shapiringato.

La verdadera shapiringato tiene resultados efectivos porque son casualmente los duendes los que soplan y empujan las bolitas a discreción. Claro que como ellos actúan desde la Cuarta Dimensión, tú no los ves, pero ellos sí te ven a ti y se matan de risa al verte perder todas tus bolitas juntamente con las apuestas.

* * *

Ahora bien, los duendes socorren sólo a los muchachos que les caen bien, y les echan a perder la jugada a los que les marcan choro.

Uno de esos muchachos que les caía bien era el Shapi; por eso llegó a convertirse en el mago de la shapiringato sin saber él mismo que tenía resultados, no por su gran concentración mental o por cualquier poder psicológico o parapsicológico que pudiese tener, sino sólo porque los duendes intervenían para socorrerle.

En vivo y en directo, se entremetieron en el juego todos los duendes, el Shapi también convertido en invisible, y se divertieron a lo grande haciéndoles perder a los buenazos y haciéndoles ganar a los maletas.

Todo era un revoltijo colosal, y los duendes se reían conteniendo sus barrigas abultadas con sus alhajitas manitas de bebé.

* * *

Después, otro duende dijo:

—¡Masque vamos a la esquina de la Escuela N° 82! ¡Allí las niñas están jugando rayuelo!

Y saltando y bailando se fueron allá en patota, y allí vio el Shapi cómo funcionaba la shapiringato en el juego del rayuelo pintado con tiza sobre el piso encementado: Cuando una niña lanzó su pulsera al cajón que le tocaba, un duende lo atajó en seco con su manito de bebé para que no se deslizara y cruzara la línea y entrara al cajón correcto como ella lo tenía calculado.

Así le hicieron ganar a la niña más pequeña que jugaba con los ojos llorosos y semicerrados de tanto perder, y le hicieron perder a la niña grandecita a la cual, además, la empujaron de senga contra el cemento, sólo por el prurito de matarse de risa al verla llorar.

* * *

Después, otro duende dijo:

—¡Masque vamos a la esquina de Don César Chocho donde las niñas están retratando y jugando pis-pis! —es decir, el juego de yaces—.

Y todos fueron allá saltando y bailando.

Y allí vio el Shapi cómo los duendes les dispersaban los yaces a las niñas buenazas, para que no los pudiesen recoger, y de ese modo les hacían ganar a las niñas maletas.

* * *

Después, otro duende dijo:

—¡Masque vamos a la Alameda, donde están jugando a las bolitas! ¡Hagámosles sufrir con el truco del “tragadero”.

En la Alameda se divertieron más. Allí unos muchachos estaban jugando a las bolitas, metiéndolas en los güecos equidistantes. Allí los duendes maldiciaus le mostraron al Shapi cómo funcionaba realmente el truco del güeco “tragadero”. Aunque el güeco, era normal y artísticamente hecho en el empedrado sacando de él una piedra que parecía un

pedazo de chancona, los duendes lo convertían en “tragadero” a donde entraba la bola y desaparecía porque ellos se encargaban de “chuparla” a la Cuarta Dimensión.

Entonces se dio cuenta el Shapi por qué los duendes andaban con sus bolsillos repletos de bolitas de cristal, haciéndolas sonar de tal manera que se escuchaba su sonido en la Cuarta Dimensión, pero no se escuchaba nada en la realidad en que vivimos los humanos.

* * *

Finalmente, otro duende dijo:

—¡Masque vamos al campo de la Breña, donde están jugando un partidazo de fútbol los de la Escuela Normal, y hagámosle perder al campeón, echando por los suelos todas las apuestas!

Se fueron a la Breña a jugar simultáneamente lo que sería para el Shapi su Mundial de Fútbol en la Cuarta Dimensión. Y antes de hacer sus maldades decidieron tomarse una fotografía para el recuerdo, justamente delante de uno de los arcos, y en pleno juego, estorbando al arquero.

Ellos no tenían cámara fotográfica; en la Cuarta Dimensión no es necesaria una cámara, pues uno de los duendes tenía ojos de cámara fotográfica, y él fue quien les tomó la foto instantánea con tan sólo una guiñada y una leve insinuación con su dedito para disparar la foto.

¡Los duendes y el Shapi, todos debidamente siprallas, estaban felices y contentos al contemplar en la foto sus rechonchas majomas de bebé!

* * *

Después se metieron tropalla al partido, causando conmoción en el mundo de la realidad, porque los jugadores jugaban como si fueran zombies o estuvieran borrachos. Los duendes se cuidaron de no empujar a ningún jugador, ni de uno ni de otro bando; después de todo no pesaban mucho. Tenían reglas estrictas, y solamente empujaban y detenían la pelota, la cual se comportaba como si estuviese encantada. A veces volaba veloz. A veces desconcertaba su pesadez, y a veces se paraba en seco. Pero lo peor que hacían era cuando desviaban la pelota para que hubiera gol, o para que no hubiera gol; todo a discreción.

¿Dije que eso era lo peor?

Pues fíjate que no, porque lo peor era cuando provocaban que el arquero se metiera autogol. ¡Como se divertían cuando los perdedores lo agarraban a patadas a su propio arquero, o cuando se agarraban a patadas y trompadas los de un bando contra el otro!

Fíjate que a eso consideran diversión esos malandrines.

* * *

El Shapi se divirtió a sus anchas al participar en el Mundial de Fútbol de la Liga de la Cuarta Dimensión. Pero se llegó a aburrir de tanta maldad, anhelando de repente que todo fuese honesto, porque la trampa y la shapiringato a la larga perdían todo su encanto y llegaban a hartar.

El empezó a anhelar que todo juego fuese limpio y que ganaran los que merecían ganar.

También estaba muy preocupado porque habían transcurrido tres días y tres noches en la Cuarta Dimensión, y quizás ya habrían descubierto que había desaparecido la pelota campeona de la biblioteca del Amauta.

El Shapi estaba muy entristecido porque sabía que no pertenecía a ese mundo irreal. El anhelaba escapar y volver a la realidad, pero sabía que los duendes no le devolverían la pelota campeona así nomás, sin antes hacerlo sufrir y reírse a sus costillas, quién sabe mientras en la realidad transcurrían semanas, y meses, y años.

* * *

Pensar que se quedaría para siempre en la Cuarta Dimensión le aterraba y le hacía llorar por dentro, aunque simulaba reír *a tu tiplín*. Por eso se hizo el que andaba entretenido hasta lo sumo con la malévola ocupación de los duendes quemasangres y que anhelaba ser uno de ellos para siempre. Inclusive se chanceaba dándole de codazos y pataditas cariñosas a uno y a otro duende, como muestra de admiración.

Empezó a extrañar a su mamá Esther, y a su papá Juan, a su hermana Sara, a su Mama Lila, a su hermana Tabita, a su hermano Lázaro, y al Shulca, con un sentimiento de nostalgia que le aplastaba el corazón. Sintió ansias de comerse un plato de papaseca con palta, o un puspumote con hojitas de hierbabuena picada, o una caspiroleta, o un tazón de gelatina de pata de vaca, o una huminta cuchu, o un platazo de “ángeles fritos”, o “un platazo de verde y a la mierda”, o una “sopa para resucitar muertos”, hecha por las manos de su mamá. Pero debía ser cuidadoso y prudente, y sobre todo, exacto, porque los duendes son medio perversos y gozan con el dolor ajeno.

¿Y si fracasaba?

¡Ya se imaginaba ver su velorio de cuerpo ausente, con su ataúd vacío y a su madre nadando en un mar de lágrimas!

Eso le provocaba el llanto por dentro, pero era mejor disimular y esforzarse por reír agarrándose la barriga, como todos los duendes.

* * *

Cuando un par de duendes hacían desaparecer las bolitas de cristal de un güeco “tragadero” y los demás se divertían al ver a los chicos pelearse acusándose unos a otros de hacer trampa o de hacer la shapingato, el Shapi le arranchó la pelota al duende mandrín, corrió unos pasos y le dio tres botes, y ¡zaz! ¡Logró escapar de la Cuarta Dimensión!

Se vio de nuevo junto al arco improvisado con dos piloncitos de carcas de vaca. Sus compañeros de juego ya no estaban allí porque se habían ido para abajo, a la Plaza de Armas, pensando que el Shapi se había burlado de ellos y se había llevado allá la pelota campeona. En realidad estaban buscándole por todas las calles y las plazas para sacarle la chochoca, como Dios manda.

Viéndose liberado, corrió cuesta abajo a la casa del Amauta, frente a la Iglesia de la Purísima, donde actualmente funciona la Embajada de Oxamarca, y jaló del guato que abría la chapa de la portada. Entró, sacó el candado de la biblioteca, trepó al estante de libros y

puso la pelota campeona sobre el mismo lugar. Luego bajó con cuidado, pero con miedo y celeridad, y se iba a escapar, justo en el momento cuando el Gayo golpeaba la aldaba de la portada para reclamar la pelota.

Haciéndose el comedido, el Shapi tuvo paz y tranquilidad para abrirle, y corrió al patio trasero para avisarle al Amauta, el cual depositó la pelota en manos del Gayo, y ambos le dijeron al Shapi:

—¡Gracias por avisar!

Sin responder se escapó y corrió cuesta abajo a su casa y se metió en su cama, para que no lo encuentren en la calle y lo vayan a apanar.

Su mamá tanteó el bulto y comentó en voz alta:

—¡Ma! ¡Ya está en su cama! ¿Tan temprano? ¡Alguna maldad habrá hecho!

Y cerrando la puerta, salió puertas afuera.

* * *

Al día siguiente el Shapi se acercó a los que jugaban bolitas en la esquina, y se puso a contemplarles con cariño, y a nadie le hizo la shapiringato.

Se fue a los que jugaban rayuelo en la plaza, en el encementado frente a la Municipalidad, junto a la pila de agua, y a nadie le hizo la shapiringato.

Después se fue a unos niños pobres que en unos agujeros del empedrado jugaban con chanos, a falta de bolitas de cristal, y les regaló unas cuantas bolitas de cristal de su propio bolsico.

Después fue a los que estaban jugando al trompo, y les miró con cariño y admiración.

Después se fue a los que jugaban a la timba con cuadraditos de película de cine, y a nadie le hizo la shapiringato.

Después, con los ojos de “mentecato gracioso” se puso a contemplar a las niñas que jugaban pis pis retratando a la gente, y no les hizo “la shapi”.

Después se hizo el comedido para servir de arquero en un partidito de fútbol, y tapó bien sin meterse autogol.

¿Por qué?

Porque sabía que los duendes se habían de desquitar de él tarde o temprano y si hacía la shapiringato lo podían “chupar” de nuevo a la Cuarta Dimensión.

* * *

Con el transcurso del tiempo se convenció de que no valía la pena hacer la shapiringato en absoluto.

Pasó el tiempo, y llegó a convencerse de que tampoco valía la pena copiar en los exámenes.

Llegó a detestar sonsacarle a algún chico sus baratijas o quitarle sus caramelos a los bebés.

Porque a esas cosas se dedican los duendes de la Cuarta Dimensión, aquellos que son clasificados por los que estudian la demonología como el Doctor Nelo, como “espíritus quemasangres”. Pero no se dedican a ello los niños buenos y honestos que quieren algún

día ser doctor, o ingeniero, o maestro, o militar, o un hombre de negocios cuyo éxito se basa en la inteligencia, en la constancia y en la honestidad.

El Shapi había experimentado un cambio paradigmático, una gran transformación, y mi reporte de este milagro en el suplemento del diario “Ajá” fue el primero de nuestra aclamada serie de éxitos editoriales que eventualmente se convirtieron en un hermoso volumen para niños con ilustraciones del Charro y de Camilo Blas.

* * *

El Munsho de Tomate me muestra la foto que se tomaron los duendes en el arco de fútbol en la Breña.

Me cuenta que el Shapi no salió de su asombro cuando fue a su casa a hacer su tarea de cálculo para el lunes, y entre las hojas de su cuaderno se encontró con la foto que se tomara con los duendes en el momento inaugural del Mundialito de Fútbol de la Liga de la Cuarta Dimensión.

El se asustó y se murió de vergüenza, porque todos los duendes, y él también, habían salido “calatieri” y pishgo al aire. Pero tuvo miedo romperla, para no provocar a los duendes y volver a caer en su poder. Por eso prefirió dársela al Munsho de Tomate para que la conservara, cosa que ha hecho hasta el día de hoy.

Me señala al duende que en su camiseta el Shapi tenía las palabras “FORZA ITALIA!”, lo que revela su tiempo. Y me dice:

—Este duende s que era el más malandrín. Como verás, se parece a mí con su munsho de tomate. —Y se levanta s que su vivirá para mostrarme su munsho—.

Luego añade:

—El arquero, el Gayo, no sale de su asombro. ¡Cómo imaginarse que justo delante de él, atajando la valla, posaron el Shapi y los duendes para tomarse esta foto!

Y termina diciendo:

—A lo mejor el Shapi se ha olvidado que me regaló esta foto, que es la demostración tangible de que sí es posible, dadas las circunstancias, fotografiar s prallas a los duendes de la Cuarta Dimensión. Yo me he quedado callado y conservo la foto con la esperanza de que algún día me pueda sacar de pobre.

La misma foto, con el pago de las debidas regalías de rigor, es la que incluimos al comienzo de la presente historia.

2
EL REY DE LAS HISTORIAS



 Mi papá empezaba en la cama haciendo comentarios de la jornada.
 Continuaba haciéndole cosquillas y haciéndole reír.
 El no se desvestía por completo. Sólo se sacaba su saco y su chaleco y se tapaba medio cuerpo haciendo fraj con un canto de la frazada.
 Mi madre consentía. . .
 Mi papá proseguía, como de costumbre, a contarle un cuentito subido de color.
 Ella le escuchaba atentamente, estimulándole a proseguir. Lo hacía mediante el acicate de una sola letra: “¿Y. . .?”
 A veces, para variar, decía: “¿Y diái?”
 El proseguía diciendo: “En aquellos tiempos, cuando los ‘portugueses’ llegaron acá, al lago de Chilindrín, procedentes del Brasil. . .”

* * *

Parecía extraño que se refiriese a los “portugueses” en estas serranías y en pleno Virreinato español. ¿Qué diablos tendrían que hacer los portugueses del Brasil por estas rangras? Pero así empiezan muchas historias que pasan de generación en generación en la villa encantada de Celendín.

Yo estaba calladito en mi rincón de la cama, haciéndome el dormido. De manera providencial, casi siempre me encontraba a la mano, para escuchar sin ser escuchado y para tragarme mi risa y mis interrogantes, que hubieran sido delatorias.

Una vez casi me pescan debajo de la cama, atormentado por el frío y los chasquidos del catre matraco.

Menos mal que aquello no duraba, y él no se quedaría mucho rato allí. Era una visita totalmente protocolar, siendo la hora temprana. Era sólo para hacerle dormir a mi mamá, contándole un cuentito.

* * *

Tras este intervalo, él volvería a su escritorio hasta pasada la media noche, no sin antes fumarse nerviosamente en el zaguán un cigarrillo Inca o Nacional, acaso recordando las cosas que ocurrieron en ese escenario y que marcaron su vida de una manera tan intensa. . .

Aquella vez no esperé mucho hasta que mi madre se durmió, cansada de los ajetreos de la jornada, y me deslicé silenciosamente para escabullirme puertas afuera.

Luego volví a entrar, todo horondo, para acostarme en la cama de mi papá, en mi rincón.

Gracias a Dios no ocurrió otra cosa. ¡Imagínate que en vez de un cuento hubiese sido otra cosa, y mi madre hubiese empezado a jadear y a gritar de manera sofocada, y el catre hubiese empezado a crujir y se hubiese desbaratado en mi encima.

¡Ay Amito! ¡Para qué te cuento! En esos días nada sabía de esos apuros, y si me metía en tales aprietos era sólo por los cuentos y las historias cortas que tanto me llegaron a apasionar.

* * *

Quizás estaba allí, debajo de la cama, porque me agradaba escuchar que se reían. Otras historias que contaba en otros ambientes carecían de la gracia que hacían tan especiales sus cuentos de la cama. Aparte de esos momentos, él era más bien reservado y nunca le vi reírse para afuera.

Le contaba a mi mamá historias entresacadas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma, como esa de “las tres etcéteras del Libertador Bolívar” y la del “Obispo Chicheñó”.

Le contaba historias relacionadas con el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, su tío, hermano de su madre, cuya muerte violenta nunca dejó de llorar.

O las historias de las escandalosas aventuras amorosas de tal o cual dama celendina, ya venidita en años y en daños.

* * *

Eran historias que tenían como escenario estos patios, zaguanes, salas, la Pampa Chica, la Zanja Madre, la boca del Tragadero, las ruinas arqueológicas de La Chocta, el misterioso cerro Tolón y el encantado valle de Llanguat.

Sobre todo le contaba historias relacionadas con su padre, el Capitán Don Zaturmino Chávez Baella. Y una vez, cuando yo tendría diez años, le escuché decir con evidente tristeza: “Todas estas cosas las había escrito mi papá en su Diario. Y algunas de ellas las he copiado a máquina para compartirlas con mi compadre El Búho, con Don Próspero Díaz, con Don Saúl Silva y con Don Artemio Tavera. Si no hubiera sido por la insistencia de ellos, de tener acceso a copias parciales, también estas cosas se hubieran perdido junto con todo lo demás.”

* * *

¿El Capitán escribió un Diario que se ha perdido?

¿Dónde se lo podría encontrar?

¿Acaso yo lo podría descubrir algún día?

En ese Diario tendría mil historias para deleitarme con su lectura porque en esos días ya sabía leer.

Ya no tendría que esconderme al pie de la cama, a riesgo de terminar recibiendo de yapa una buena rebenqueada, una maja desnuda de parte de los dos, de papá y mamá, por turno?

¿Acaso estaría oculto ese Diario en algún lugar de Llanguat donde mi abuelo solía escribir sus cosas secretas?

De ir allá, de paso conocería el caudaloso río de La Llanga y el manantial de donde brota agua caliente como sangre diluida, que ahora sabemos que se debe a su alto contenido de hierro. Allí vería el alambique que construyó mi abuelo, el Capitán, y presenciaría la molienda infernal y el trapiche movido por bueyes azotados por shapingos. Vería cómo se hace la miel de caña, las tapas de chancaca y los tongos.

Pero no me permitían ir allá, porque yo era pequeño.

Así planeé escaparme de la casa, y un buen día ocurrió. Entonces yo tenía ocho años.

* * *

Con el transcurso del tiempo estas historias me fueron introduciendo en la reflexión de la vida, cómo la gente se reduce a un nombre o a un apodo —si tuvieron la dicha de merecer uno en vida—. Y a veces terminan reduciéndose a una sola frase o a una sola anécdota. Sólo en casos excepcionales nos acompañan sus fantasmas a quienes por alguna razón les encanta Celendín.

Finalmente, lo terrenal termina entremezclándose con lo de ultratumba, sin que atinemos a saber en qué lado ocurrió tal o cual incidente, si en esta vida o en la otra.

Mi secreto de pie la cama hizo que yo pusiera inusitada atención cuando mi padre me conducía de la mano y me mostraba los retratos del Capitán y el Despacho Presidencial que recibiera de parte del Excelentísimo Señor Presidente de la República Don Andrés Avelino Cáceres, ascendiéndolo al grado de Capitán de la Guardia Nacional.

—Total, ¿quién es el “Rey de las Historias”? ¿Tu papá?

—Por todo lo que yo llegué a escuchar debajo de la cama, el “Rey de las Historias” había sabido ser mi abuelo, el Capitán, y muchas de sus historias he rescatado en mi obra, *El Diario del Capitán*, que aparece en la Serie SHILICOLOGIA 6.

3 EL CAPITAN SEMBRANDO

Cuando yo tenía siete años, mi padre y mi maestro en la Escuela N° 81 nos llevó a los niños a un paseo campestre en Bellavista, todos “nigua-nigua”¹²⁷ y “rambáus”¹²⁸

Nunca olvidaré ese paseo a causa de la sombra y el aroma de los bosques de eucaliptos.

Regresé a casa con los bolsicos repletos de “chapitas” y “trompos”, que son las semillas que caen de estos árboles esbeltos cuyas copas parecen alcanzar el cielo.

Para el retorno a casa, él encargó los niños a otro maestro, y a mí me llevó por entre los campos sembrados hasta la pampa que antaño fue el Cementerio Anterior, ahora convertido en la urbanización Pueblo Nuevo.

Al llegar a ese lugar cercado de pencas y altos eucaliptos, y su superficie rugosa regada de chapitas y trompos, me dijo, atragantándose de manera inexplicable: “Antiguamente, aquí estaba el cementerio de Celendín.”

* * *

No había el menor indicio de que el lugar fuera alguna vez un cementerio.

No había una sola cruz, ningún túmulo, ninguna lápida que aflorase del terreno. Sólo la extraña rugosidad del suelo que parecía haber sido arado salga-shalga,¹²⁹ y abandonado sin sembrar.

Pero había algo realmente extraño allí, que llamaba mi atención no obstante mi corta edad: En media pampa habían crecido dos altos eucaliptos que nadie se había atrevido a talar para cultivar la pampa o para algún otro propósito.

* * *

Mi padre me llevó hacia esos dos eucaliptos, y me dijo: “Si ubicas el punto medio entre estos dos eucaliptos y a partir de ese punto caminas diez pasos en dirección sur. . .”

Mientras hablaba, me conducía de la mano, intentando escenificar un extraño ritual. Y tras diez pasos de niño, nos paramos en seco.

Entonces bajó la mirada y me dijo con una emotividad que yo no he podido aprehender y aquilatar sino con el transcurso de medio siglo: “Aquí está mi papá.”

Esos dos eucaliptos habían sido plantados allí para montar guardia junto a la última morada del Capitán, que también fuera su vivero, cuyos almácigos estaban distribuidos entre las tumbas y dieron origen a la reforestación de todo el territorio de la provincia de Celendín.

Ninguna cruz; ninguna lápida. Sólo dos eucaliptos altos y esbeltos, como luciendo su porte militar.

* * *

Medio siglo después empecé a apreciar el legado de mi legendario abuelo, y le conté a Juan, mi hermano mayor, aquella experiencia junto a su tumba.

El paró la oreja, y atragantándose de emoción y sobresalto, dijo: “Lo mismo que hizo el papá contigo, hizo conmigo, cuando yo también tendría siete años de edad. Me llevó a esa pampa, me mostró los dos eucaliptos, me hizo contar diez pasos de niño hacia el sur, y me dijo: “Aquí está mi papá.”

Mi hermano prosiguió: “A mí me llevó un día de Todos los Santos. Todavía se podía ver una que otra cruz de palo, caída y podrida.”

En la actualidad, esos dos eucaliptos ya no se ven. Quizás fueron talados cuando el área del cementerio fue urbanizada.

Si alguna vez subes por allí como quien abres tu boca, recuerda que en algún lugar a tu mano izquierda del camino que sube al sur, debajo de alguna casa, en algún patio o jardín, se encuentran sepultados los restos del hombre que reforestó a Celendín.

* * *

Siete años tenía mi padre cuando murió su papá.

Sólo Dios sabe cómo aquello pudo conmocionar su mundo. Y esa sensibilidad de un niño que fue sorprendido por la inesperada partida de su padre se mantenía fresca en su recuerdo después de medio siglo.

¿Tendría algo en mente mi papá para llevarnos a mi hermano y a mí para pasar un minuto de silencio junto a la tumba de nuestro abuelo?

¿Esperaría algo de nosotros, no en ese mismo momento ritual, pero sí a lo largo de nuestras vidas?

Yo he llegado a pensar que quería que de algún modo completásemos lo que su padre inició, y él prosiguió, salvaguardando los fragmentos de su Diario.

A causa de su característica lacónica no pudo exteriorizar y expresar la carga de su corazón. Quizás esperaba de sus hijos varones, Julio, Lázaro, Juan, Moisés y Walter, que consumaran su sueño de reforestar Celendín. Pero en cuanto a mí respecta, he llegado a desarrollar la convicción de que él esperaba que yo diera a conocer algún día el Diario del Capitán.

* * *

El Capitán convirtió el Cementerio Anterior que contenía la muerte, en un vivero destinado a dar vida, a transformar el aspecto físico de la provincia y a implementar el valor agregado de sus tierras.

Su sueño involucraba una aventura. Por eso, una vez terminada la guerra, él y siete compañeros de milicia se propusieron explorar la región de la Amazonía como un peldaño de su objetivo de aclimatar en nuestro suelo y en el valle de Llanguat las nuevas plantas que él trajo de sus recorridos.

Mi padre escribe: “Encariñado con la naturaleza, él trató de modificar el panorama de Celendín con la siembra de varias semillas que había recolectado en su trayecto. A fines de 1882 hizo el primer almácigo de eucaliptos en su vivero que estaba en el mismo lugar de su tumba, en el Cementerio Anterior.”

A Languat trajo las palmeras de bombonaje, originarias de Rioja, esperando dar impulso a la industria de sombreros con su fibra, convertida en paja toquilla. Lamentablemente, su ejemplo no cundió; o el producto no era expedito, y la gente siguió prefiriendo la paja toquilla de Rioja. O quizás, a causa de su corta vida, le faltó tiempo para consumir su industrialización.

En Languat también sembró la primera planta de mango y la primera planta de palta, además de uvas y granadas.

* * *

El Capitán consignaba en su Diario sus observaciones sobre este proceso:

Las serranías de los Andes lucían diferentes en los tiempos del Imperio de los Incas, a lo largo de toda la Colonia y en las primeras décadas de nuestra vida republicana. Los árboles más grandes eran los lanches que a duras penas han logrado sobrevivir por su tala indiscriminada para leña.

Los enhiestos y gigantescos eucaliptos y pinos que ahora visten los cerros y las campiñas eran entonces desconocidos pues fueron plantados después de la Guerra del Pacífico.

Procedentes de Australia, los eucaliptos eran una novedad, tanto que la gente no podía pronunciar bien su nombre y prefería llamarlos “alcanfor”. Mi padre escribe: “Por sus características de plantas raras llamó la atención de sus visitantes que solicitaban este regalito diciendo: ‘Déme una plantita de alcanfor, por favor.’”

Pronto la Pampa Grande y los declives de macizos de los Andes se vieron cubiertos de incipientes bosques que más tarde tributarían su sombra, su aroma y su calor.

Los viejos eucaliptos que cercan nuestras tierras de “La Fábrica”, y de la pampa entre el Río Chico y el Río Grande, las plantó nuestro abuelo, el Capitán.

* * *

No había sólo eucaliptos en su vivero. También había plantas de pino Oregón y cipreses de la variedad *Araucaria excelsa*, aparte de una serie de palmeras ornamentales y de la enredadera del chayote, a la cual, por alguna razón él llamó “cayhua chilena”. Del vivero fueron trasplantadas a diversos lugares de la ciudad.

Si visitas la casa que perteneciera a Don Encarnación Sánchez, junto a la Iglesia de la Purísima, verás las palmeras que él sembró con el aporte del Capitán.

Don Encarnación supo inculcar en su hijo, el Ing. Julio Sánchez, el ideal de la reforestación. Se observa que sabían que había de por medio una misión por cumplir que se extendería más allá de sus vidas y que nos incluía a nosotros, sus descendientes.

Como el Capitán, Don Encarnación y otros vecinos de la ciudad decoraron sus patios con esas palmeras de fuste grueso cuyas ramas sirven para decorar las portadas en ocasiones especiales, o los altares de Corpus Christi, o las ferias, o para el trabajo manual de los niños en el jardín de la infancia y en las escuelas.

Quienes tenían estas palmeras en sus casas eran considerados seres privilegiados. Yo era un faltón en el jardín de la infancia, y el día que por fin decidía asistir pedía que me

cortasen con serrucho una rama de palmera para llevarla al hombro, porque era lo único que podía convertir mi vergüenza en bienvenida, alabanza y festival.

Ahora puedo comprender lo que decía mi padre cuando se hablaba de talar la palmera del patio central de nuestra casa, porque quitaba la luz: “Cuando yo me muera la podrán cortar.”

El paso del tiempo ha afectado su lozanía, pero las que quedan en pie con sus guirnaldas de flores de mastuerzo y de cayhuas chilenas por más de cien años de soledad nos recuerdan que el destino de Celendín es ser la tierra que fluye leche y miel.¹³⁰

* * *

Mi padre escribe: “Mi papá no era un rudo militar, un hombre de guerra, sino un hombre muy cariñoso con los niños, a quien le hubiera gustado ser, más bien, un maestro. Le gustaba estudiar las plantas, tener viveros, reforestar las colinas, llevar a Celendín y a Languat plantas exóticas de otras partes del mundo, como las agave o pencas tequileras de México, los pinos de Oregón y las palmeras ornamentales. Los pinos gigantescos que se yerguen en la Plaza de Armas, él los plantó.”

Otro aspecto de su misión delegada a sus descendientes se hizo palpable cuando desempeñó el cargo de Inspector de Instrucción. Entonces buscó satisfacción en organizar las escuelas públicas y dotar a los maestros de todo lo necesario para su abnegada labor. Muchas veces completó los salarios de ellos con dinero de su bolsillo. Mi padre escribe: “Sin ninguna recompensa dirigió escuelas particulares donde ensayó con gran ventaja el método Calkins, deleitándose con el aprendizaje de los escolares.”

En la actuación del Capitán se materializa la etimología del verbo “cultivar”, pues la actividad de cultivar y la de educar proceden de la misma raíz indoeuropea, como lo muestran las palabras “cultivo” y “cultura”.

* * *

Yo crecí ansiando haber contemplado a mi abuelo sembrando sus eucaliptos y sus pinos en las laderas de Celendín. Y en cierta ocasión, en el Colegio San Andrés, cuando nuestro profesor de castellano, el Dr. Vicente Gonzáles Montolivo, pidió que aprendiésemos de memoria la larga y hermosa poesía de Blanco Belmonte intitulada, “Sembrando”, yo fui el único que la aprendió en toda su extensión y la recité en mi salón con una emoción que nadie podía imaginar de dónde procedía.

Es que mientras recitaba el poema veía el fantasma de mi abuelo encarnarse en las palabras del viejo sembrador, y yo me veía reflejado en los ojos curiosos del niño inocente que dice en el poema:

*Una tarde de otoño subí a la sierra
y al sembrador, sembrando, miré risueño:
¡Desde que existen hombres sobre la tierra,
nunca se ha trabajado con tanto empeño!*

*Quise saber, curioso, lo que el demente
Sembraba en la montaña sola y bravía.
El infeliz oyóme benignamente,
y díjome con honda melancolía:*

*“Siembro robles y pinos y sicomoros;
quiero llenar de frondas esta ladera.
Quiero que otros disfruten de los tesoros
que darán estas plantas cuando yo muera.”*

Y al contemplar al ocaso las colinas que rodean las campiñas de Celendín cubiertas de pinos y eucaliptos, me imagino verle perderse en la lejanía, repitiendo el lema de su filosofía de la vida:

*“Hay que vivir sembrando;
¡siempre sembrando!”¹³¹*

4 LOS COMPADRES

Dicen que los Compadres ya han muerto, pero por culpa de ellos dos esa noche mis sobrinos Fabrizio y María Isabel no pudieron dormir, porque los fantasmas de los Compadres jugaban a la pega en el patio encementado de su casa de la Mama Lila. Y no contentos con eso, más tarde en la noche oscura concentraron su naturaleza etérea debajo, encima y alrededor de los catres de los pobres muchachos para no dejarles pegar los ojos ni conciliar el sueño.

La única solución a este problema era esperar ansiosos la mañana para emprender el viaje de retorno a Lima Limón ella, y a Torino, él —dije a Torino, en la distante Italia, no al Torno, en Huacapampa, que los microbuseros de Celendín tanto pregonan como “Torino”—.

—Pero, ¿quiénes fueron los Compadres, y qué diablos hacen aquí?

—Fueron el Búho y mi papá Juan. Eran más que amigos. . . Eran los Compadres. Eran uña y mugre, como paso a referir a continuación.

* * *

En Celendín vivía Don Juan Chávez y Sánchez, hijo del Capitán. Y en Huacapampa tenía su amplia casa solariega su “compadre”, el Amauta Don Pedro García y Escalante, apodado el Búho.

El Búho idolatraba la memoria del Capitán y realizó una concienzuda investigación de su trayectoria militar y cívica para poder escribir sus poemas épicos “Heroísmo Celendino” y “Oda Epica al Heroísmo del Capitán Don Zaturino Chávez”. Y está claro como el Sol en su cenit que para escribirlos entresacó información del Diario del Capitán que por ahora yace perdido en su mayor parte, pero tú me ayudarás a descubrirlo al final del presente libro.

Contemporáneos ellos dos, también les identificaba la vocación magisterial y les unía la proverbial amistad de David y Jonatán, como al Capitán y al Dr. Don Moisés Sánchez Pereyra, su cuñado.

Se llamaban con cariño, “compadrito”, aunque entonces no eran compadres, pero soñaban con serlo muy pronto cuando naciera la esperada criatura.

* * *

Don Pedro García se casó con su amorcito, Doña Luzmila, y por un tiempo fueron a vivir en Celendín donde pudieran estar más cerca de su querido Juan y de su esposa Esther, mi mamá. Y se acomodaron en una casona en el barrio de las Lagunas, como quien baja del cerro de San Isidro.

Cuando yo era pequeño me decía mi padre que Don Pedro García era un gran sabio, un amauta, y que le llamaban “el Búho” porque el búho encarna la sabiduría.

Aunque yo no pudiera constatar su sabiduría, sí pude constatar su cariño. El me prestaba mucha atención y respondía a mis inquietas preguntas infantiles. Y a la manera de los antiguos frenólogos que creían que el destino del hombre está marcado por la conformación de su cráneo, él me ajustaba entre sus rodillas para que no me pudiese escapar, y se ponía a palpar mi calavera.

Y le decía a mi padre, sin disimular su emoción:

—¡Garcilaso! ¡Este es el gran Garcilaso!

¡Cómo me hervía la sangre que me llamara así! Porque me parecía que me decía “¡Gallinazo!” —es decir, shingo—.

* * *

Mi padre me explicó que así como mi abuelo tuvo a *El Perú* del Sabio Antonio Raimondi como su Biblia personal, para Don Pedro García no había obra más genial que *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, porque como testigo ocular nos presenta un cuadro detallado de los Incas antes que los detalles se desvanecieran tras la conquista de los españoles.

Apasionado por los libros, mi “padrino” el Búho soñó en convertir a Celendín en un gran centro cultural. Mi papá me llevó a su casa para que viera su imprenta, la única imprenta que ha habido en Celendín y que ahora forma parte de las antigüedades que conserva su nieto, el Búho 2, el Ing. Lucho Mori García.

En otra ocasión tuve el privilegio de ver su piano, el único piano que ha existido jamás en Celendín. ¡Cómo haría para llevarlo a Celendín en esos tiempos, remontando los Andes a lomo de bestia, cuando aun no había carretera!

Recibir una explicación personal de cómo funcionaban estas cosas era para mí, un niño pequeño, un verdadero honor.

* * *

El Búho es más renombrado como poeta.¹⁶¹ Para mí, él es el más grande poeta que ha habido en Celendín. Su producción era tan copiosa que ante él Augusto Polo Campos quedaría chiquito, y la filósofa Chuchi Díaz aparecería ante él como una verdadera irrisión.

No había papelito que llegase a sus manos que no fuera canonizado con su verso y su prosa. La tensión entre el ser y no ser llegaba a extremos cuando escaseaba el papel allá lejos en Huacapampa.

El se alimentaba de poesía para aliviar su alma de su peso, como lo expreso en mi poema, “La guerra con poesía” que escribí en mi juventud y que encontrarás en mi libro, *Filosofía de la vida*. En una parte del poema escribo:

*Poesía
es el alimento
que se ingiere para afuera:
Es aliviar al alma de su peso.*

*La poesía
es una abeja que hace miel,
y cuando la deja de hacer,
deja de ser.*

* * *

Entonces, cuando se le acababa el papel, Doña Luzmila, so pretexto de darse una escapadita a Celendín, se hacía la comedida y le decía:

—¡Amorcito! ¡Me voy a Celendín! Te traigo bastante papel de despacho, ¿ya?

El papel de despacho era tan delgado que se deshacía en tus dedos. De tan delgado era casi transparente; por eso los escolares lo usábamos para calcar.

Como no había otro papel para recibir copiosamente su verso lleno de inspiración, soñar con una reserva regular de papel de despacho embelesaba al poeta que, esperanzado, dejaba ir de su cuenta a su prenda, a su amorcito.

* * *

En las tiendas de Celendín, Doña Luzmila insistía en que le envolvieran sus compras cada cosa por separado, para que el dependiente se viera obligado a envolver varios paquetes con papel de despacho.

En casa, ella deshacía los paquetes, y extendía y planchaba el papel con la palma de su mano, para que llegara a las manos del poeta en las mejores condiciones posibles.

Al siguiente día, todos los papeles ya estaban llenos de poesías, habiendo logrado la abundancia de papel de despacho enardecer su inspiración. Por eso ella se creía con derecho a reclamar de vez en cuando un pedacito de papel de despacho para calcar, como cuando le gritó al Búho desde lo más recóndito de la huerta:

—¡Amorcitooo! ¡¡¡Alcánzame una poesía para limpiarme el culo!!!

* * *

En Celendín, los Compadres se hicieron famosos por las fiestas pomposas que solían brindar en sus respectivos cumpleaños. Se mataban docenas de cuyes, gallinas, patos, y a veces un coche engordado o una vaca suiza. El cañazo abundaba y su olor trasminante atraía a los invitados y a los paracaidistas.

Sus mujeres, Esther y Luzmila, se lucían como anfitrionas, y a pesar del ajeteo y el trajín de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, y al corral, y a la huerta, no se echaba a perder el atractivo femenino de estas fuertes mujeres shilicas.

Ellas eran, en verdad, las joyas preciosas de sus hombres, y eran harto ponderadas. Después de todo, es a los treinta años que verdaderamente las mujeres ¡están en su punto chumbeque!

* * *

Todas estas cosas contribuyeron a que mi madre, Esther, que jamás cayó en la trampa, cayese en la trampa cuando se planeó que la fiesta del cumpleaños del Búho, ese año se realizaría en Huacapampa, y no en Celendín.

Sí, mi madre cayó en la trampa. . . ¡La misma que solía decir: “¡Yo estoy de ida, y tú estás de vuelta!” —a propósito hablaba al revés—.

La misma que decía, super segura de sí misma: “Si yo hubiera sido hombre, ¡a esta hora ya luabría puesto al mundo patas arriba!”

La misma que oraba humildemente a Dios diciendo: “Pero en tu santa sabiduría me hiciste mujer; porque si no. . .”

Pero, aunque mi padre y mi madre se amaban, y habían formado un hogar feliz, y habían engendrado doce hijos e hijas, no estaban legalmente casados. Y era ella la que no quería casarse, alegando que las partidas de matrimonio son “puro papel de despacho”.

* * *

Ese día mi papá le dijo a mi mamá que estaban invitados a Huacapampa, a la fiesta de cumpleaños de su compadrito Pedro García, en esa placentera e idílica aldea a doce kilómetros de Celendín.

Mi padre se afeitó, se puso su chaleco, y selló su atuendo con una hermosa leontina de oro. Y muy elegante, le ajochó a mi madre para que se acicalara ella también.

Ella hizo un esfuerzo especial por tratarse del cumpleaños de su “compadrito”, y juntos salieron al camino y se apresuraron para llegar a tiempo.

No era algo de rutina que la parejita salieran a pasear juntos, tan elegantemente vestidos. La ocasión era muy especial, sobre todo tratándose de aquel romántico y bucólico rincón andino al cual últimamente lo han agarrado de bajada los millonarios shilicos como escenario de sus bodas, divorcios y otras celebraciones festivas.

* * *

Así es como mi padre llegó a Huacapampa, jalando la coche. Y mi mamá llegó media cuadra detrás de él, jadeante y llevando bajo el brazo una gallinita, “para no llegar con las manos vacías”.

Había mucha gente invitada, aparte de las autoridades del lugar.

Los músicos de la aldea tocaban en el patio desherbado y barrido, como si fuera una retreta a plena luz del Sol.

Los muchachos pateaban descalzos un hermoso copocho de coche, inflado con el resuello de sus propias bocas.

En un extremo del alar alguien carneaba al animalito que parecía sonriente, a causa de la piedra que tenía entre sus mandíbulas.

Y en la huerta, el maestro pirotécnico quemaba cuetes con destreza y profusión.

* * *

Cuando mi padre y mi madre entraron a la sala para saludar al cumpleaños y a todos los presentes, todos gritaron:

—¡Sorpresa! ¡Que vivan los novios! ¡Jué! ¡Ashucrí!

Entonces se acercaron a ellos dos el alcalde y los testigos, y se realizó su unión matrimonial como Dios manda.

La ocasión no era su cumpleaños del Búho, sino la unión civil de mis padres en el vínculo del santo matrimonio. Eso ocurrió, exactamente, el 3 de agosto de 1944. Eso quiere decir que *ipso facto*, bandangán, procedieron a procrear la criatura.

Me refiero a la criatura destinada a materializar el vínculo sagrado de su compadrazgo.

—Las Bodas de Huacapampa. . . Son más mentadas que las Bodas de Caná en la Biblia, en las que el novio también se llamaba Juan, y la novia. . . ¡a lo mejor también se llamaba Esther. Juan no acostumbra en su Evangelio, referirse por nombre a los miembros de su familia.

—¿Y cómo se llamaría la criatura?

—Masque después te explico.

* * *

Poco después mi padre se accidentó en nuestra casa en Celendín.

Se resbaló de la escalera de maguey cuando se disponía a bajar del altillo de sobre la sala antigua, y se rompió la cadera al darse contra el suelo de costado. Tuvieron que llevarlo de emergencia a Cajamarca en un auto expreso, y a Lima en avión.

Parecía que no sobreviviría, pero gracias a la atención médica inmediata y a un largo proceso de recuperación volvió a caminar, aunque disimulando de por vida una leve cojera.

Todo el tiempo que duró su recuperación fue cobijado en la casa de su primo Celso, hijo de su tío Francisco, hermano del Capitán. Eso tuvo lugar en Lima, en el distrito de San Isidro.

Fue en agradecimiento a su primo, que mi tío Celso Chávez Velásquez llegó a ser mi padrino.

—¿Y qué de la criatura?

* * *

Tras su recuperación, mi padre volvió a Celendín, y su llegada tendría una cuota extra de alegría, pues su amante esposa Esther le esperaba con una hermosa criatura en sus brazos. Esa criatura había nacido el 3 de junio de 1945.

—¿Quién era esa criatura?

—Esa criatura era yo, y me llamaron Celso Moisés. Mi nombre “Moisés” estaba decidido de antemano, en agradecimiento de mi padre a su tío Moisés, hermano de su madre María Benjamina, por quien mi padre tenía una *quasi* veneración. Y mi nombre Celso, por mi tío Celso que cuidó de mi padre durante su larga recuperación. El Búho supo comprender esta nueva dirección de las cosas, y aunque no fue consumado su compadrazgo, la amistad de mi padre y él fue cimentada.

Como podrás ver, por poco no quedo huérfano antes de nacer.

* * *

Con el paso del tiempo nuestra familia se trasladó de Celendín a Lima, donde mi madre llegó a cumplir los 93 años, sobreviviendo en muchos años a mi padre.

Poco antes de su partida, nuestra familia organizó un banquete en su honor en la casa de una de mis hermanas, y nuestra madre no podía faltar.

La bañaron, la vistieron, le pusieron su abrigo nuevo. Y cuando le prendieron en la solapa un hermoso broche de oro, ella se hizo la brava y exclamó:

—¿A dónde me llevan, ah? ¡Cuidáu que me lleven para hacerme casar! Sepan ustedes que el matrimonio es algo voluntario que a nadie se le debe obligar. ¡Masque, déjate!

* * *

El 31 de agosto de 1972 fue la última vez que le vi al Amauta Pedro García.

Procedentes de La Chocta, estábamos de paso por Huacapampa los integrantes de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín organizada por el Instituto Riva Agüero y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Esta expedición se llevó a cabo por iniciativa de la Dra. Josefina Ramos de Cox que, entre otras cosas, estaba interesada en que yo le preguntase al Amauta sobre el paradero del Diario del Capitán, el mismo que pudiera haber incluido información arqueológica relacionada con la provincia de Celendín. Tal expedición era parte de los requisitos de mi tesis doctoral en la Universidad Católica.

Nos detuvimos en Huacapampa (o José Gálvez) con el único propósito de visitar al Amauta.

* * *

Lo encontré jadeante, chocheando en su chacrita.

El peso de los años había desplomado la configuración atlética de sus años mozos. Poco oía, y todo lo confundía.

Cuando me acerqué a él, tenía una rama de chamiza en su mano, y con ella espantaba al coche para que no hiciera daño en la parcela sembrada. Y cuando le dije que yo era Celso Moisés, el hijo de su Juan, preguntó con ansiedad:

—¿Aún vive mi Juanito?

Se iluminó su rostro de alegría al escuchar de su Juanito, que estaba distante, en Lima, y nos dio un banquete de lejanos recuerdos.

Pero la prudencia me hizo desistir de preguntarle sobre el Diario del Capitán. Sólo besé su frente fruncida para guardar impregnado en mi alma el aroma de su bondad.

* * *

A mi amado padre y al gran frenólogo celendino que un día se refirió a una criatura carca-senga¹⁶² diciendo “¡este es el Gran Gallinazo!”¹⁶³ dedico mis mayores obras: *La Biblia Decodificada* y la *Biblia Científica Reina-Valera Actualizada*, fruto de un proyecto editorial de un millón de dólares que se llevó a cabo a lo largo de diez años, catapultando a nivel mundial la investigación científica que en el mundo de habla hispana siempre estuvo relegada a un segundo plano respecto del mundo de habla inglesa.

Dicen que los Compadres ya habían muerto, pero en esta historia yo los he hecho revivir.

5 ESCAPADA A LLANGUAT

Esa tarde visité al Doctor Nelo, cobijando la idea de tentarlo para darnos una escapada al valle encantado de Llanguat.

Mientras recorremos su exuberante exhibición de historia natural, contemplo aquellas raíces resacas y fantasmagóricas, y me acechan los recuerdos de aquella vez, cuando era un niño pequeño, y me escapé de mi casa y me fui a Llanguat, el valle encantado donde las plantas parásitas crecen en el aire y saltan de árbol en árbol hasta que se enamoran de algún árbol cojudo y dejan de chibrinquear.

Tenía exactamente ocho años cuando me fui a Llanguat por primera vez con mi amigo César Silva Boza, que ahora es médico y reside en Buenos Aires, Argentina.

Me acuerdo cada detalle de aquella loca aventura, y del año exacto en que ocurrió, porque después que volví a casa sano y salvo, repetía en mis adentros con ritmo de estribillo el himno a mi hazaña:

*¡Te fuiste a Llanguat
cuando sólo tenías
ocho años de edad!*

Ahora estaba a punto de revivir aquella mágica experiencia, y quien sabe teniendo como compañero y guía a un científico tan controversial como el Doctor Nelo.

* * *

A propósito de esa mi primera visita a Llanguat, las cosas ocurrieron así:

Cierta mañana pasé por casualidad por los Garajes, en el barrio de Las Lagunas, y me detuve a ver una perra con sus cachorritos recién nacidos.

El dueño me preguntó:

—¿Te gustan?

—Sí.

—Entonces te regalo uno. ¡Masque llévate este blanquito!

Abracé a mi perrito y volví a casa. Pero mi mamá lo examinó y resulta que era hembra. Allí empezó el escándalo, porque ella no permitiría una perra hembra en nuestra mansión de la Avenida José Gálvez 714.

Me mandó devolverla a los que me la habían regalado. Pero en lugar de devolverla, fui a comprarle una cintita roja para su cuello, y aunque no era gato, también compré un cascabel y lo cosí a la cinta. El color blanco de su pelaje hacía contraste con la cinta roja y me gustaba porque eran los colores que engalanan en julio todos los rincones de nuestro amado Perú.

* * *

Aparecí de nuevo en casa con mi perrita engalanada, y contra todas mis expectativas me dijo mi mamá: “No quiero verte ni a ti ni a tu perra.”

Salí de casa con mi perrita en mis brazos, esperando que las cosas se calmaran, pensando aparecerme de nuevo en casa a la hora del almuerzo. Entonces me encontré en la Plaza de Armas con el César, que sin siquiera mirar a mi perrita, ni acariciarla, me dijo:

—¿Quisieras ir conmigo a Llanguat?

El César tenía el mandado de llevar una mula al valle, para traer una carga de yuca. Me dijo que si me animaba nos iríamos montados los dos en la misma montura.

A él yo lo miraba con respeto, porque era un año mayor que yo. Además, era valiente; a nada ni a nadie le tenía miedo. También era inteligente, y de yapa, estudiaba la lección.

Mi papá, que era nuestro maestro en la Escuela N° 81, me decía siempre que yo debería seguir su ejemplo. Entonces, en esas circunstancias, razoné: “El conoce Llanguat, y yo no. A él lo mandan solo a Llanguat, y a mí ni siquiera me quieren llevar allá. . .”

Lo que me dijo mi mamá y de esas palabras de aprecio de mi papá por el César tomé como pretexto para escaparme a Llanguat.

* * *

Le dije al César que me esperara junto a la fuente de la Plaza de Armas. Entonces bajé a mi casa, a una cuadra de distancia. Con suavidad puse a mi perrita en el suelo en el patio y me despedí de ella con pensamientos de ternura.

Luego tomé del estante de la tienda dos latas de atún Florida para el hambre, y en pocos minutos ya estábamos bajando por Chacapampa rumbo a Llanguat, sentados los dos en la misma montura de la mula.

Serían las 10.00 de la mañana.

* * *

No es mi propósito contar todos los detalles de aquella loca aventura infantil que se desarrolló en medio de pensamientos tristes y suspiros por mi perrita que había abandonado a su suerte. Lo que quiero, ahora que ha transcurrido medio siglo, es volver a vivir aquellos momentos sofocantes en el valle y en el río de los que tantas historias se cuentan: ¡Una gigantesca mole de piedra que se levanta desde el río hasta el cielo! ¡Un precipicio que arde con el fuego del infierno! ¡Una vegetación extraña, propia de otro planeta! ¡Aguas calientes que salen del corazón fogueado de la tierra! ¡Plantas parásitas que vuelan de árbol en árbol! ¡El lugar de donde vienen en Corpus Christi los aguerridos llanguatinos con sus danzas y sus toros de astas afiladas!

* * *

Siempre me había preguntado con insistencia: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué causa su santo, Don Sheba, tiene incrustadas sangrientas flechas en su panza? ¿Se lo habrán hecho los llanguatinos mismos? Son capaces. . .

Sin duda, ir a Llanguat y volver sano y salvo, sería la máxima demostración de valor. No importaba ser comido por los zancudos y andar sobre el arco formado por los talones y las puntas del pie para atenuar el fuego del suelo, con tal de contemplar ese extraño mundo considerado la antesala del infierno.

Tendría muchas cosas que contar si volvía vivo de Llanguat. Sería admirado, respetado y aun temido en todo Celendín, por haber subido a pie y descalzo la horrible cuesta de Llanguat. ¡Y a lo mejor, mis padres, una vez pasada la tortura de haberme imaginado nadando en el traicionero río La Llanga, ahora me recibirían con los brazos abiertos, y me pedirían perdón, y nos abrazarían enternecidos a mí y a mi perrita!

* * *

Pero las cosas no ocurrieron así cuando llegué de regreso a casa al anochecer.

Es verdad que a mis padres se les había esfumado toda la gana de castigarme con el rebenque. Pero después de buscar por todos los rincones de la casa encontré a mi perrita tristemente acurrucada al calor de la bicharra. Su blanco pelaje estaba manchado y profanado con ceniza y carbón. Su cinta roja y su cascabel habían desaparecido de su cuello, y no aparecieron por ningún lado.

Cuando la tomé en mis brazos, sentí en carne propia lo que significa el abandono y la desesperación. Entonces, lloré.

* * *

El resto de la semana las cosas no cambiaron en absoluto. Estaba conminado a hacer desaparecer a mi perrita en el más corto plazo, y en tal estado de ánimo amenacé con tirarme a la poza de Don Salas, con perro y todo, antes que lo apartasen de mí.

Y de veras me fui al Río Grande una madrugada oscurecida por las nubes que anticipaban un fuerte aguaceral. Pero sólo atiné a probar la temperatura del agua con la punta de mi dedo gordo, y como estaba réquete fría me desanimé de tirarme a la poza y morir.

La abrigada pancita de mi perrita, a la cual llevaba en mis brazos, era el principal argumento para optar por la vida. Así que volví a casa y tomar un desayuno caliente con el “apoyo” de leche de nuestras vacas recién ordeñadas.

Pocos días después la perrita fue regalada a un peón que me consoló ofreciéndome tenerla como a una reina en su casa en el campo, en un lugar amplio y libre donde estaría mejor que en la ciudad —sus palabras sin duda le dio a memorizar mi madre—.

Nunca he podido recordar qué nombre le puse a mi perrita, si acaso le puse un nombre. Este fue el primero de cinco perritos que he tenido en mi vida. El segundo fue Tarzán, el tercero Jasper, el cuarto Qatánchik, y la quinta, Molly Bottomless (Molly Sin Calzón).

6
MI ESCUELA 81



*¿Mi escuela? — ¡Número 81!
¿Mi maestro? — ¡Mi papá!
¿Mi grado? — ¡Transición!
Transición a la vida.*

*Ved mi Escuela N° 81:
Caritas absortas,
ojitos brillantes,
labios indecisos.*

*Mi escuela respira:
Inspira cada abril
y expira al comenzar
la vacación.*

*El caserón vacío
deja de ser escuela.
Es un cuerpo inerte
cuya alma partió.*

*Entonces enmudece.
Parece que jamás
contuvo formaciones
ni “revisión de pies”.*

*Sus aulas se reducen.
Sus puertas se cierran,
El patio se abandona.
El pasto crece.*

*Sus blancas paredes
pronto se ensombrecen.
Sus ventanas no transmiten
la misma luz.*

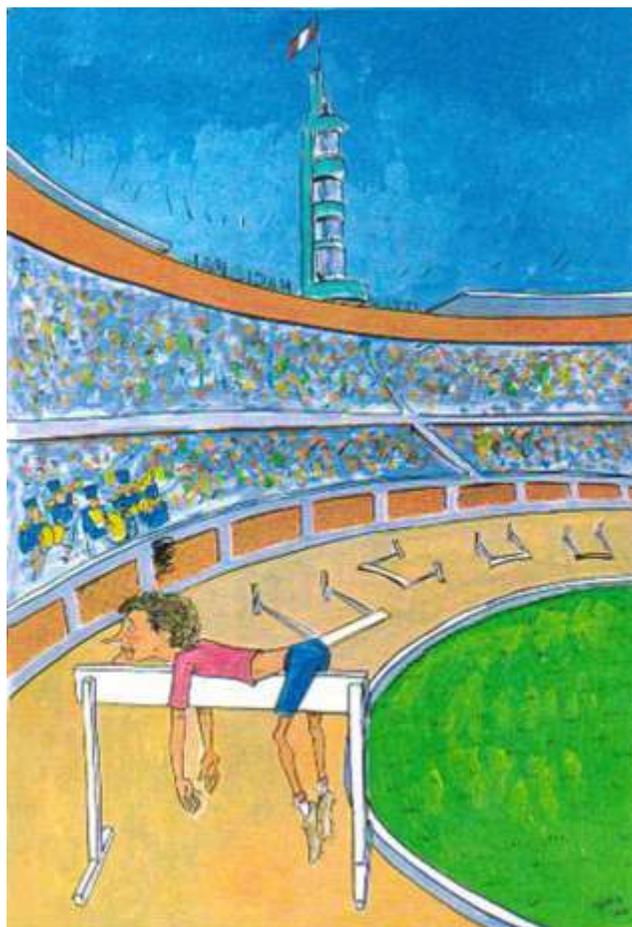
*¡De pronto resucita!
Y se abrazan conmovidos
los hombres que han vivido
y los que empiezan a vivir.*

Incluyo este poema que refleja mi vida de escolar pues al comentarlo quiero subrayar los conceptos de valores y de identidad que introduje en el comentario del poema anterior.

La escuela es el contexto generador de valores y el crisol de la identidad shilica. El énfasis en la educación y el amor a la sabiduría son algunos de los valores que hemos heredado de nuestros antepasados y que sabemos delegar a nuestros descendientes. Celendín es un lugar pequeño y aislado en el planeta, pero sus valores anclan en la cultura universal y en las conquistas del genio humano.

Otras de mis experiencias de escolar comparto con el lector en mi artículo, “Los ángeles de mi vocación”, en la sección Selecciones en Prosa.

7
EL COLLERA



**La Carrera de 400 Metros con Vallas
en el Estadio Nacional**

Ricardo Herrera vino al Colegio San Andrés proveniente del Colegio Franco Peruano. Era un gringuito alto y hermoso, no sólo físicamente, sino también en su espíritu. Resaltaba en el colegio y en todo lugar su alegre sonrisa y su buen humor, y muy pronto se hizo gran amigo de uno de sus compañeros de clase para quien su venida al Colegio San Andrés tuvo carácter providencial en la vida. Ricardo le llamaba su “Collera”.

Siendo su padre un destacado líder del Partido Aprista Peruano, Ricardo se movilizaba en diversos ambientes de la Casa del Pueblo, sobre todo entre la juventud. Y siendo también él también el Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Ricardo se movilizaba en diversos ambientes de la vieja casona de la Universidad en el

Parque Universitario, y todos le abrían el paso con honor. Y de paso, también le abrían paso a su Collera.

En esos días cuando Ricardo y el Collera contaban tan sólo con quince años de edad, no se perdían un solo mitin político en que, sabían, iba a estar presente al lado del líder máximo, Víctor Raúl Haya de la Torre, aquella muchachita de ojos inteligentes y porte sexy y señorial llamada Meche Cabanillas.

¡A cual más babeaban ambos por ella desde debajo de la tribuna de honor!

* * *

Desde esos días de la secundaria, Ricardo Herrera ya era visto como un valor del atletismo nacional. En cierta ocasión, al verle entrenar en el Estadio Nacional, los dirigentes del atletismo peruano se referían a él como que pronto representaría al Perú y vestiría la camiseta con los colores patrio rojo y blanco. El Collera, que tenía la suerte de resultar colado en todo cuanto podría resultar estratégico, escuchaba atentamente este comentario, y se sentía muy orgulloso de ser su amigo.

Cuando Ricardo Herrera llegó al Colegio San Andrés, calcularon mal los directivos y lo pusieron en la House MacGregor, que era tradicionalmente la house de los maletas, y su camiseta de color verde era considerada de los perdedores.

Era justamente la house a la que pertenecía su Collera desde siempre. Pero aquel año, el de la Promoción 1962, la House MacGregor campeonó. El profesor de la house, el Sr. Juan MacPherson, ¡no salía de su asombro y de su regocijo!

* * *

A propósito de las “houses” o “casas”, el Colegio San Andrés (antes Anglo Peruano), fue diseñado por el Dr. Juan A. Mackay, su fundador, al estilo de las instituciones educativas del Reino Unido de la Gran Bretaña, y tanto los profesores como los alumnos estaban divididos en cuatro “houses” con sus respectivas banderas y camisetas de colores: La house Mackay es de color amarillo; la house Stuart es de color rojo; la house Douglas es de color azul, y la house MacGregor, la house del Profesor Juan MacPherson, de Ricardo Herrera y del Collera, es de color verde.

¿La manyas?

Pues si no manyas esto de las *houses*, te aconsejo que veas las películas de la serie de Harry Potter, sobre todo la primera: “Harry Potter y la piedra filosofal”.

* * *

Ricardo Herrera introdujo a su Collera en los ambientes del atletismo, dentro y fuera del Colegio, y juntos llegaron a pertenecer a un club de barrio dirigido por un deportista del clan Chumpitaz, familiar del futbolista de la Selección Peruana que se hizo famoso en Bolivia por meterle autogol al Perú y hacer que ganara Bolivia. De aquello deriva el corito boliviano que dice:

*Chumpitaz, negro bandido,
¡qué golazo que has metido!*

Ese pequeño club local, con sede en la Rica Vicky, gracias a su entrenador Chumpitaz, tenía libre acceso al campo deportivo de la Avenida 28 de Julio para sus entrenamientos. Y también, gracias a su entrenador Chumpitaz, participó en un evento deportivo en el Estadio Nacional. Aquel fue su debut como club local.

Una de las pruebas en que debía participar era la carrera de 400 metros con vallas, y para clasificarse, el club necesitaba simplemente participar, aunque su representante llegase en último lugar.

Lamentablemente, no había quién pudiese representarlo en esta prueba tan difícil. Entonces, Chumpitaz y los muchachos del club, con Ricardo Herrera a la cabeza, le echaron el ojo al Collera, y le dijeron:

—¡Tú puedes representarnos! ¡Tú tienes que representarnos!

El Collera no quiso, pero todos le insistieron y animaron. Ricardo Herrera le pintaba fáciles las cosas:

—¡Collera, no importa que llegues en último lugar! ¡De todas maneras haces que nos clasifiquemos!

Aceptó, aunque jamás había participado en una prueba de 400 metros, y jamás había saltado una sola valla en toda su perra vida.

* * *

Por aquel entonces el Collera andaba con unos anteojos que se sostenían de una sola oreja, pues se le había zafado uno de sus brazos.

Pronto se vio en la pista de atletismo en la posición de partida:

—¡A sus marcas! Listos. . . ¡¡¡BANG!!! —Por primera vez en su vida había de correr al disparo de un revolver—.

Dieron el tiro de partida, y sus anteojos saltaron en el aire delante de él. . . ¡dispuestos a ganar!

El se disparó tras ellos, los recogió del suelo, se los puso, y tumbó la primera valla, la cual le dejó molida su canilla. ¡Con todo, prosiguió, pues no había tiempo para sobarse!

Cuando los atletas llegaron a la meta, él aún estaba saltando vallas 150 metros atrás. Pero no quiso hacer el ridículo de abandonar la carrera ante la mirada de un público tupido que se había apostado en la tribuna occidental del Estadio Nacional.

Una fuerza misteriosa le impulsó a seguir corriendo, y terminó exhausto, montado de barriga sobre la última valla.

* * *

El público no prestó atención al que llegó primero, sino al que llegó último, para que se cumpliera la profecía que dice: “Los últimos serán primeros.”

Para él tocó la banda de músicos, y para él fueron todos los aplausos y las aclamaciones.

Sus compañeros de club, que en su mayoría eran muchachos del Colegio San Andrés, se apoderaron de él, lo levantaron en hombros y lo pasearon en rueda olímpica en medio de grandes aclamaciones.

Desde abajo, uno de ellos le elogiaba gritando:

—¡Inmortal! ¡Inmortal!

Embriagado de gloria, hizo desde arriba la pregunta que su fan esperaba que hiciera, si pisaba el palito:

—¿Por qué me dices “inmortal”?

El respondió:

—¡Porque las madres nunca mueren!

En la jerga de Lima, “madre” le dicen a un hombre que no tiene valor. Aunque debería ser al contrario, ya que para ser una madre. . . ¡sí que se requiere de valor!

* * *

El asunto no acabó en la pista de atletismo del Estadio Nacional. Los comentarios de los chicos del Colegio San Andrés que habían estado presentes aquella tarde gloriosa en el Estadio Nacional, llegaron a oídos del Dr. James MacKintosh, Director del Colegio: “¡El ha logrado la proeza de llegar en quinto lugar en la prueba de 400 metros con vallas en el Estadio Nacional!”

El Director del Colegio, evidentemente conmovido, se sumó a las celebraciones y se acercó a él para felicitarlo. De paso, le hizo la pregunta de rigor:

—¿Y cuántos fueron los que compitieron en la prueba?

Le respondió:

—¡Cinco!

8 EL PERIODISTA

Cuando tenía once años de edad, después de haber cursado el primer año de secundaria en Lima, volví a Celendín, mi ciudad natal, para pasar mis vacaciones de fin de año. Y rebuscando en la biblioteca de mi padre, encontré un viejo manual de mecanografía el cual deshojé y vi que prometía enseñarme a escribir a máquina con los ojos cerrados y en pocos días.

Me parecía imposible que se pudiera escribir a máquina con los ojos cerrados, o mirando a otro lado, pero me esforcé para probar si era verdad. La máquina, una Remington, había pertenecido a mi abuelo, el Capitán Zaturino Chávez Baella. Aunque era una antigüedad que estaba hasta las patas, ella me serviría para mis prácticas de mecanografía. Así empecé a escribir asdfg ñlkjh hasta llenar muchas páginas de ejercicios.

* * *

Lo que prometía el manual de mecanografía resultó ser verdad, y valió la pena haber hecho el experimento. Aprender a escribir a máquina me ayudó, además, a sobrellevar el aburrimiento en esa villa tan apartada de la serranía peruana. Quizás si hubiera sido en Lima, con tantas distracciones, hubiera abandonado el intento tras empezar. Pero mi larga estadía en Celendín fue providencial.

Cuando se acabaron mis vacaciones, volví a Lima con la gran novedad: Yo era el único en el colegio que podía escribir a máquina con los ojos cerrados y con toda velocidad, y mis compañeros de aula me miraban como un ser excepcional. Y como la vieja y destartalada Remington quedó atrás, allá en Celendín, en Lima yo lloré para que me compraran una máquina nueva.

* * *

Cierto día llevé a mi mamá al centro de la ciudad, a una tienda donde exhibían máquinas de escribir, y le di una demostración de mi magia de escribir con los ojos cerrados y a gran velocidad. Y como desde pequeño he sido *showman*, escribía con la cara a un lado, y dando vueltas a mi cabeza lo más que podía, al estilo de la niña Regan en la película “El Exorcista”.

Mi madre se quedó boquiabierta, y también los vendedores en la tienda me miraban y acariciaban mi abundante cabellera de carnero merino. En esos días, ese era mi apodo en el Colegio: “el Carnero”.

Mi movida, medio que la convenció a mi madre para invertir todos sus ahorros en una máquina de escribir portátil, pero cuando volvimos a casa, se desanimó. Después de todo, pensaría: “El ya sabe escribir a máquina. ¡Aleluya!”

* * *

Aquel año llegó al Colegio un profesor nuevo, que lamento no recordar su nombre como para poderlo mencionar con profundo agradecimiento. Es que fue contratado para uno o dos meses, para asesorarnos en el periodismo escolar, y sus clases eran muy esporádicas.

Para empezar, aquel profesor nos sometió a una prueba de selección. Todos los alumnos debíamos simular ser el Director de un nuevo e importante periódico escolar, y en tal calidad, debíamos escribir la página editorial del mismo, presentando su primer número. No olvidaré decir que debíamos dar un nombre al periódico, un nombre corto, atractivo, humorístico y comercial.

Después de algunas semanas, cuando ya habíamos olvidado tanto la prueba como la expectativa por conocer los resultados, apareció de nuevo el profesor de periodismo.

El dijo que de todos los escritos de los alumnos, dos le habían llamado la atención de manera especial, y mencionó los nombres de los alumnos que los habían escrito. Yo era uno de los dos.

Luego nos llamó a ambos al frente para leer nuestros escritos, para que después de eso, nuestros mismos compañeros decidieran por aclamación quién sería el Director del periódico escolar. Evidentemente, mi escrito era el mejor, y fui aclamado como Director del periódico escolar. Fue una experiencia muy emotiva y motivadora, y la primera vez que la fama acariciaba provocadoramente mis orejas.

* * *

Ahora ya era el Director del periódico escolar. Pensé que este argumento finalmente convencería a mi mamá para comprarme la máquina de escribir de la que me había antojado, y acerté. ¡Cómo podría ser posible que todo un señor periodista no tuviese su máquina de escribir!

Una tarde volvimos a la tienda en el centro, y allí me compró una flamante máquina de escribir marca *Antares*, de fabricación italiana. El que fuera italiana me hacía acariciarla aún más, porque en esos días yo estaba platónicamente enamorado de una chica italiana que estudiaba en el Colegio María Alvarado. Creo que a esta altura de la vida puedo mencionar su nombre sin pecar: Se llamaba Martha Biggio. Yo hice un retrato de ella, a partir de su foto, para mi periódico mural “Andresito”.

* * *

Tomé muy en serio mi sitial de Director del periódico escolar. Primero dirigí un debate para escoger el nombre del periódico. Ganó el nombre “Tic-Tac”, que no era el que yo había imaginado al comienzo. Este nombre fue sugerido por un compañero entusiasta de apellido Zavala. Nuestro periódico, como el reloj, marcaría la hora y estaría al tanto de lo que ocurre en el tiempo y en el espacio.

Pronto conocería un estencil y un mimeógrafo. Me asombraba verlos funcionar. El hecho de que los tipos metálicos de la máquina de escribir perforasen el estencil, para que atravesara la tinta por el contorno cortado de las letras, y que éste sirviera para seguir imprimiendo muchas copias con fidelidad, no dejaba de ser un asombro para mí. Además, me deleitaba el olor del estencil y de la tinta del mimeógrafo.

En aquellos días, ni en sueños se podía concebir una pequeña computadora personal que produjera columnas con márgenes justificados de manera automática. Yo tenía que contar los espacios entre las palabras de cada línea y distribuirlos de manera que el resultado gráfico se pareciera a un texto justificado de imprenta. Aunque eso era una pérdida de tiempo, era algo que me divertía muchísimo.

* * *

El periodismo escolar me llegó a apasionar tanto, que ocupó un espacio demasiado grande de mi tiempo de colegial, tanto como para arruinar mi aprovechamiento escolar, porque del primer puesto que ostentaba, bajé al puesto 11 entre una treintena de alumnos.

Después de “Tic-Tac”, que era un periódico mensual, pasé a dirigir “Andresito”, un periódico mural que tenía más retos, porque era diario. A propósito, “Andresito” deriva del nombre de mi Colegio San Andrés, y el nombre del colegio hace memoria del santo patrón de Escocia —mi colegio era escocés—.

* * *

A esa altura, empecé a merodear por los locales de los periódicos de verdad en Lima. De esta manera, pronto me abrí camino para conocer un linotipo y una rotativa en los talleres de un nuevo periódico que había aparecido en Lima allá por el año 1959: El periódico “Expreso”, bajo la dirección del Dr. Encinas. Allí me ofrecí para ayudar de ayudante, en lo que fuese, sólo con que tuviera la ventaja de contemplar esas máquinas fantasmagóricas y deslumbrantes.

El personal de “Expreso” se llegó a encariñar conmigo, un muchachito de doce años de edad, y en cierta forma yo les servía de mascota. Y yo pasaba allí noches enteras, porque me amanecía. En cierto sentido, me convertí en una especie de mascota del personal que trabajaba de noche. Jamás recibí ni un centavo de paga, pero como dice la palabra: “No se gana, pero se goza.”

En cierto sentido, me tenían allí como mascota, pues recién había cumplido doce años de edad.

* * *

Cuando empecé a ser periodista escolar era muy pequeño; era esa edad cuando todavía se juega a las escondidas.

Estaba cierto día jugando a las escondidas en el Colegio, a la hora de la salida de la tarde, y se me ocurrió ocultarme en un lugar donde a nadie se le ocurriera buscar: Dentro del pupitre del señor profesor, cuya tapa se abría hacia arriba. Nadie podría encontrarme allí, y después de unos pocos momentos de tortura, porque estaba doblado en cuatro, saldría victorioso, exclamando: ¡¡¡Ta-daaa!!!

Pero la tortura se prolongó demasiado tiempo, porque entraron dos profesores, y apoyando sus codos sobre la tapa del pupitre, se pusieron a conversar largamente. Uno de ellos era el “Chato Arredondo”, a quien su interlocutor preguntó:

—¿Cómo fue que las Sociedades Bíblicas te invitaron para ser Consultor de esa nueva edición de la Biblia, representando al Perú? ¿De qué manera te ha tocado participar en tan importante empresa?

—He revisado el texto de varios libros de la Biblia, desde el punto de vista de la corrección y la actualidad del lenguaje.

—¿Y para cuándo saldrá esa nueva edición de la Biblia?

—Está anunciada para 1960, de acá a un año.

* * *

¡Pucha! ¡Revisar la Biblia! ¡Una nueva Biblia aparecería en el mundo de habla hispana en 1960! ¡Y el “Chato Arredondo”, mi profesor de Historia Universal, que digo, el Sr. Guillermo Arredondo Baso, era uno de los consultores! ¡Guau! ¡Y yo, el Director del periódico escolar, estaba justo en el centro de la noticia, en el mismo lugar donde se encontraba la primicia!

Ni bien ellos dos abandonaron el salón, levanté la tapa del pupitre, salí a duras penas y me enteré que el juego de las escondidas se había acabado hacía rato y mis compañeros ya estaban camino de sus casas.

Me fue algo difícil recuperar la tensión normal de mis músculos. ¡Pero en ese instante empecé a tomar notas para la noticia!

* * *

Cuando estaba en cuarto año de secundaria me enteré, de nuevo por mi don de pasar desapercibido en medio de los grandes, que el Dr. Juan A. Mackay, el fundador de nuestro querido Colegio San Andrés, un afamado escritor, vendría al Perú procedente de Estados Unidos, donde se encontraba residiendo. Como periodista escolar yo debía estar bien informado acerca de tan ilustre visitante, y qué mejor modo que leyendo alguno de los muchos libros que él había escrito.

En la Biblioteca del Colegio me presté su libro, *El sentido de la vida*, que leí y releí, porque su lectura me era muy placentera y motivadora. Busqué el libro en las librerías, y no había. Tampoco podía sacar una fotocopia, porque aún no se había inventado las fotocopadoras y en esos benditos tiempos no existían piratas.

Escribí a la Editorial Aurora, de Buenos Aires, que había publicado el libro, pero me comunicaron que se había agotado. Entonces saqué el libro de la Biblioteca del Colegio y lo copié en mi máquina de escribir, haciendo algunas copias extras con papel carbón, que logré vender por bagatelas a los más inteligentes de mi salón.

* * *

Cuando el Dr. Juan A. Mackay llegó a Lima, yo había leído bastante acerca de él, y me había convertido en especialista respecto de su obra literaria.

En Lima le seguí a todas partes donde él daba conferencias. En “la Casona” de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde él había sido catedrático de Filosofía,

en la Union Church, en el Salón de Actos del Colegio, en la Capilla del Colegio, hoy Iglesia Evangélica Presbiteriana, etc.

Como él indagara quién era ese chiquillo vestido con el uniforme del Colegio que aparecía en primera fila en todas sus conferencias, el Dr. James MacKintosh, Director del Colegio, le habló de mí, y como el Dr. Mackay quería conocerme, me mandó llamar. Ya había terminado la jornada de clases de la mañana y estábamos saliendo para ir a casa. Entonces, alguien me llevó al departamento del Dr. Mckintosh, en el Edificio San Andrés, al lado del colegio. Allí me esperaba el Dr. Juan A. Mackay.

Poco recuerdo de aquella sorpresiva experiencia, porque además, fue muy breve. Pero ese momento dio sustento a lo que vendría inmediatamente después.

* * *

Como dije, el Dr. Mackay se había acostumbrado a verme presente en todo lugar a donde él iba. Yo le escuchaba con atención y retenía en mi mente todas sus palabras, y sin dejar pasar el tiempo escribía una síntesis de ellas, y las publicaba en mi periódico mural diario, “Andresito”. Recuerda que entonces todavía no habían sido inventadas las grabadoras; todo se reducía a “copiar” con lápiz y a borrar con la yema del dedo.

Un día le pedí que me concediera una entrevista, y me citó una tarde en su habitación en el Hotel Alcázar en el centro de Lima, y allí estuve puntualmente.

Me trató con mucho respeto y cariño. Compartió conmigo muchas reminiscencias sobre sus amigos Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Manuel Gonzáles Prada, etc. Conversamos sobre Don Miguel de Unamuno, que había sido su profesor y amigo personal durante la estadía de Mackay en Bilbao, España, y en la Universidad de Salamanca.

Aquella entrevista me abrió también camino a la obra de Unamuno. En la Biblioteca Nacional busqué y leí cada libro de Unamuno que él había mencionado en la entrevista, como *La agonía del cristianismo*, y su novela *Abel Sánchez*.

Recuerda que el que escribe era entonces nada más que un chico quinceañero.

* * *

Al final de la entrevista el Dr. Mackay me dijo:

—Quisiera pedirte un favor. Yo no estoy familiarizado con el fenómeno de las barriadas alrededor de Lima, porque cuando vivía aquí no había barriadas. Me gustaría que me acompañes a visitar alguna de ellas.

Me agradó la idea de servirle de guía, y en el momento acordado tomamos un bus destartalado y visitamos Comas e Independencia, que en esos años eran las únicas barriadas al norte de la Capital.

El Dr. Mackay era mi amigo, mi gran amigo, tanto por su alta estatura como por su alta perspectiva de la vida. Este pensamiento cautivaba mi corazón al verme al lado de él, recorriendo largas horas la Capital y alrededores, y parafraseando a Gonzáles Prada en todo momento me refería sus recuerdos de cuando fundó el Colegio San Andrés en “esa Lima que se fue”.

* * *

Después volvimos a su hotel y nos despedimos pensando verle en algún otro momento. Pero mientras yo rememoraba y escribía todas estas experiencias para “Andresito”, mi periódico escolar, se me escapó informarme del resto de su agenda y no aparecí a su lado en el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez” en el momento de su partida.

El notó mi ausencia, como me lo dijo en una carta que me escribió a la dirección del Colegio San Andrés. La carta me fue enviada por el Director por medio del joven que estaba a cargo de la limpieza en el Colegio. Yo me encontraba en la formación, antes de ingresar al aula para la jornada de la tarde. Todos mis compañeros se enteraron de que yo fuera honrado con una carta personal del Dr. Juan A. Mackay, porque con inmensa emoción leí sus palabras ante ellos:

Uno de los recuerdos más gratos que conservo de mi última visita a Lima es el gran placer de haberle conocido a usted. ¡Cuánto agradezco el gran trajín que usted se diera para atenderme e ilustrarme en cuanto a tantas cosas limeñas. Su espíritu tan amistoso y sus innegables dotes literarios me produjeron una impresión gratísima.

¡Qué Dios le bendiga y le prepare mediante sus propios estudios y el sentido de una presencia soberana en su vida diaria para la vocación cristiana a que está usted llamado.

Sentí mucho no haberle visto el día de mi partida. Pasé una semana en Costa Rica, y de aquí a dos semanas salimos mi señora y yo para nuestro hogar en Washington.

Salude en nuestro nombre a todos sus compañeros del Colegio.

Le abraza su afectísimo amigo,

Juan A. Mackay

* * *

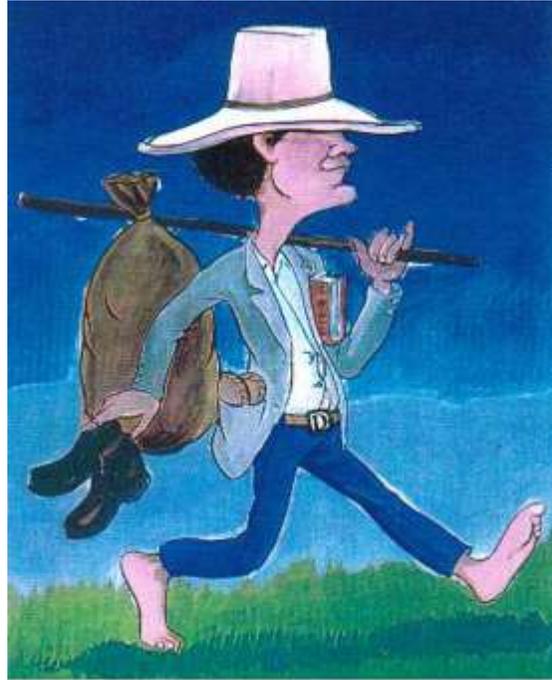
No exagero al contarte el enorme impacto que esta carta ha tenido en mi vida. Entonces ya tenía 16 años de edad.

Con el paso de los años intercambiamos algunas cartas más. El siempre respondía las mías sin demora. En cierta ocasión, cuando yo me encontraba estudiando en el Programa Doctoral de la Universidad de Brandeis, Boston, me escribió estas palabras:

Tu carta me trajo muchos recuerdos de esos días en Lima. Yo recuerdo la presencia de un pequeño niño que solía seguirme a todo lugar que yo iba. ¡Qué emoción es saber que aquel niño eras tú!

Cuando me gradué de la secundaria en 1962 recibí junto con mis compañeros de promoción un bello ejemplar de la Biblia en cuya publicación había participado como Consultor mi profesor Guillermo Arredondo Baso. Era la flamante Biblia Reina-Valera Revisada de 1960, y llegaba a mis manos como un obsequio de la Sociedad Bíblica de Escocia. Al comienzo, sólo olía el atractivo aroma de la tinta británica, pero luego sería mi principal compañera en mi aventura de la vida.

9
EL ERUDITO DE LA BIBLIA



**¡Al trote, al estilo Miguelino!
Ahorrando zapatos al estilo Tío Andrés**

Mientras me preparaba para postular a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, fui a parar como alumno libre en el recientemente fundado Seminario Evangélico de Lima. Fui admitido a pesar de mi corta edad (17 años), porque el Rector, el Dr. Paul R. Roffe era cercano de mi familia.

Roffe era un canadiense de trasfondo francés e inglés, graduado en física en la Universidad de Toronto, un matemático que lo único que necesitaba para hacer complejas operaciones matemáticas era la punta de su dedo, como Jesús. Quizás de este parecido derivaba también su compromiso total con la empresa del evangelio, y según tengo sabido, fue en misión en tierra peruana donde conoció al amor de su vida, a doña Panchita.

Ambos eran los más grandes eruditos de la Biblia que conocí en este lado del planeta, los mismos que me impulsaron para estudiar bajo los más grandes maestros de Israel, en la Universidad Hebrea de Jerusalem.

Fue embelesado por la erudición de los esposos Roffe que decidí dedicarme de lleno a los estudios en el Seminario Evangélico de Lima y llegué a graduarme allí con honores.

* * *

Pues bien, en la Biblioteca del Seminario Evangélico de Lima me encontré con una Biblia Reina-Valera 1960, editada hacía sólo dos años. Era la edición que todos poseíamos, pero se trataba de una Biblia de Púlpito, es decir, un volumen con letra grande y granada, un verdadero placer para los ojos.

Sólo yo utilizaba esa Biblia, porque me deleitaba su tipografía, lo cual es de entender si consideramos que hacía poco, en el Colegio San Andrés, estaba dedicado al periodismo escolar, a los titulares grandes, a los editoriales periodísticos. También me deleitaba aprender textos de memoria, y para ello recurrí a copiarlos imitando a mano su tipografía, sin obviar sus serifs y el acabado gráfico de sus letras.

Por cierto, siendo yo el único que utilizaba esa Biblia de Púlpito, me hubiera gustado mucho que me dejaran llevarla a mi dormitorio o a mi casa, pero esto no estaba permitido. Así que me propuse trabajar para ganar dinero y comprarme una Biblia igual.

Por las tardes podía dedicar un par de horas al trabajo, ya sea en la granja o en la construcción. Y me contrataron para acarrear de un lugar a otro un montículo de escombros de unas 100 carretillas. Lamentablemente, cuando acabé el trabajo, aun no contaba con el dinero suficiente para comprarme esa Biblia.

* * *

Poco tiempo después me vi matriculado en el primer año de estudios en la Facultad de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalem, y no había pasado mucho tiempo cuando se produjo en el Perú el golpe de estado del Gral. Juan Velasco Alvarado, y se prohibió el envío de dólares del Perú a los estudiantes peruanos en el extranjero.

En teoría, sí se podía conseguir algunos dólares, pero con trámites largos y humillantes que realmente no valió la pena hacerlos. Así vi afectados mis estudios en la universidad, porque para sobrevivir, tuve que meterme a trabajar en una imprenta, empezando por las actividades de limpieza.

Después, gracias a mi habilidad y exactitud para el dibujo, llegué a estar a cargo del montaje de films para impresiones a color, y del revelado de planchas de Offset. Y mientras trabajaba en aquella imprenta, cobijaba el anhelo de algún día ilustrar, imprimir y difundir mis propios libros. Esa sería la empresa de mi vida.

Las artes gráficas me llegaron a apasionar, pero no por ellas quedaba rezagado mi apasionamiento por las Ciencias Bíblicas, las cuales, a la larga se beneficiarían de las primeras, como cuando produje en Jerusalem mi *Tabla Arqueológica del Mundo de la Biblia* (TAMB), como parte de mis preparativos para mi examen de grado en la Facultad de Arqueología.

El dueño de la Gráfica Orot, al preparar el film de la TAMB para la Jevráh le-Jaquirát Erets Israel ve-Atiqotéha (Sociedad de Exploración de la Tierra de Israel y sus Antigüedades), admirado de sus millares y minúsculos detalles gráficos, exclamó: “Para hacer una obra como ésta se tiene que estar loco. ¡Sí, completamente loco!”

El hombre no sabía que yo era sobrino directo de Don Quijote de la Mancha.

* * *

Cuando me encontraba estudiando en la Universidad de Brandeis, en Waltham, un suburbio de Boston, me topé en la Biblioteca con un ejemplar de la Biblia Hebrea producida en Israel por la Editorial Qoren, impresa con tipografía David, grande y hermosa. Ejemplares de esta Biblia en tamaño pequeño reciben como parte de su equipo los soldados de Israel al ser enrolados en el ZAHAL (Ejército de Defensa de Israel).

Sólo había una copia de esa edición grande de la Biblia Qoren, y quizás por eso nadie la usaba, por lo que llegó a ser para mí solo. Y como no podía sacarla de la Biblioteca porque estaba catalogada como obra de referencia, decidí adquirirla en mi próxima visita a Israel.

Cierta noche estando recostado en mi cama, en mi dormitorio en Ash Street tuve una extraña experiencia que no sé catalogar como sueño o como visión. Recostado sobre mi cama, tenía esa Biblia Hebrea Qoren en mis manos, abierta sobre mi pecho, y la leía con sumo placer recostado sobre un almohadón. El cuarto estaba con la luz apagada y a oscuras, pero las páginas de la Biblia tenían luz propia, una intensa luz blanca. Y yo la podía leer con los ojos cerrados, a través de mis párpados, lo que me producía un placentero descanso visual.

* * *

Poco después de aquella hermosa experiencia, en febrero de 1979 me visitó en Boston el Dr. José T. Poe, Director del Departamento de Biblias de Editorial Mundo Hispano, que tiene sus cuarteles generales en Fort Bliss, en El Paso, Texas. El venía para compartir conmigo el proyecto de esta empresa editorial para producir una nueva revisión de la Biblia Reina-Valera.

Este proyecto vino al encuentro de un hondo anhelo mío de producir mi propia edición de la Biblia que utilizaría en mi futura producción literaria. Esta edición se llamaría *Biblia Sepharad*; pero mis estudiantes en la Santa Sede de la CBUP la llaman “la Biblia Decodificada”. Yo tenía ya traducidos varios libros de la Biblia, cosa que había hecho con hermético silencio, dado lo delicado y ambicioso de mi proyecto.

Simultáneamente el Dr. Poe venía elaborando su propio proyecto editorial: *La Biblia Reina-Valera Actualizada* (RVA) que ha venido a ser llamada “Biblia Científica” por ser la primera edición en español que incluye notas sobre arqueología, epigrafía y crítica textual.

Grata sorpresa se llevó al ver el material que yo había elaborado independientemente. También tuvo la oportunidad de asistir a mis clases en el Departamento NEJS (Near Eastern and Judaic Studies) de la Universidad de Brandeis.

Pocos meses después yo asumía el cargo de Revisor Principal que es la tarea de examinar el testimonio documental en los idiomas originales y en las versiones antiguas para conferir a nuestra labor de traducción y revisión un sustento científico.

* * *

Estar involucrado directamente en un gran proyecto de traducción-revisión de la Biblia hizo revivir en mí un profundo sentimiento de identificación con Francisco de Encinas y Casiodoro de Reina, los genios españoles que están detrás de la empresa de traducción de la Biblia a nuestro idioma español.

Me sentía muy pequeño al lado de aquellos gigantes de la Edad de Oro de la literatura española, pero incluido en el mismo destino. En mi adolescencia me había impactado el testimonio del primero, a causa de su juventud y su valor.

El pertenecía a una familia castellana de millonarios, y en 1539 ingresó a la prestigiosa Universidad de Lovaina, Bélgica, a los 19 años de edad. Al cabo de dos años consiguió cartas de presentación para Lutero y Menlanchton, y fue recibido amablemente por este último, quien lo alojó en su propia casa. Luego ingresó a la Universidad de Wittenberg donde era catedrático Martín Lutero.

¡Cuánto admiraba el desenvolvimiento de este joven erudito! Me impactaba cómo se codeaba con los grandes líderes de la Reforma, su dominio del griego y de los demás idiomas de Europa. Me conmovía que a sus 20 años pudiera financiar con sus propios recursos la primera edición de su Nuevo Testamento en español, y que tuviera el valor de abrirse camino para entregar personalmente una copia del mismo al Emperador Carlos V.

Cuando en 1543 Encinas volvió a Lovaina para supervisar la impresión de su Nuevo Testamento, se enteró que en la noche anterior habían encarcelado a 28 personas como sospechosos de simpatizar con la Reforma. Después tuvo que presenciar el suplicio de algunos de ellos que fueron decapitados o ajusticiados en la hoguera. Se cuenta que vio a dos mujeres siendo enterradas vivas. Sin embargo no titubeó respecto de su destino.

* * *

En sus *Memorias*, Encinas relata su entrevista con el Emperador Carlos V cuando éste visitó la ciudad de Amberes:

Entonces el Emperador me preguntó:

—¿Qué libro quieres dedicarme?

—Señor, una parte de las Sagradas Escrituras que llamamos el Nuevo Testamento, fielmente traducida por mí al castellano. En ella se contienen principalmente la historia evangélica y las cartas de los apóstoles. He querido que Vuestra Majestad, como defensor de la religión, juzgue y examine despacio mi trabajo, y suplico humildemente que la obra aprobada por Vuestra Majestad sea recomendada al pueblo cristiano por vuestra imperial autoridad.

—¿Eres tú el autor de esa obra? —replicó Carlos V—.

—El Espíritu Santo es el autor. Inspirados por él, algunos santos varones, escribieron para común inteligencia estos oráculos de salud y redención en lengua griega. Yo soy únicamente su siervo fiel y órgano débil, que he traducido esta obra en lengua castellana.

—¿En castellano? —tornó a decir el Emperador—.

—En nuestra lengua castellana. Y torno a suplicaros que seáis su patrono y defensor, conforma a vuestra clemencia.

—Sea como quieras, con tal que nada sospechoso haya en el libro.

—*Nada que proceda de la Palabra de Dios debe ser sospechoso a los cristianos. . .*
 —*Cumplirás tu voluntad si la obra es tal como asegurarás tú y el Obispo.*

* * *

Lamentablemente, a causa de la perniciosa influencia del confesor del Rey las cosas terminaron mal. Encinas fue apresado y trasladado a la prisión de Bruselas el 13 de diciembre de 1543. Allí estuvo encerrado por algo más de un año, pero el 1ro. de febrero de 1545 se escapó de la cárcel aprovechando un descuido de los carceleros.

Sobre la base de la obra de Encinas trabajó arduamente Casiodoro de Reina, quien diera a España por primera vez una edición completa de la Biblia destinada a ser el mayor *best-seller* en el mundo de habla hispana de todos los tiempos. Aquella primera edición de su Biblia se conoce como “La Biblia del Oso”, y sobre la base del trabajo de ambos se llegaría a cristalizar el gran proyecto de la publicación de la Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA), de la que vuestro humilde servidor es el Revisor Principal.

* * *

Era abrumador el regocijo de continuar tras las pisadas de estos dos grandes eruditos de la Biblia. Nuestro trabajo duraría diez años, a pesar de ser realizado en la antesala de la era de las computadoras personales.

De manera simultánea con nuestras labores a tiempo completo en El Paso, participaron unos 200 consultores en todos los países de habla hispana, en medio de los cuales había un hermoso ramillete de 19 mujeres. Por primera vez en la historia la mujer era representada en un proyecto de esta naturaleza, y diez años después, en mayo de 1989, tuvo lugar su lanzamiento editorial.

El versículo lema de Casiodoro de Reina se hizo resaltar en esta nueva revisión: “LA PALABRA DE NUESTRO DIOS PERMANECE PARA SIEMPRE” (Isaías 40:8).

* * *

—Así es, mi querido George Frankenstein. El mismo hecho de que un proyecto de tal magnitud se hiciera realidad, a pesar de tanta oposición y amenazas del inquisidor bautista Domingo Fernández y Travieso, demuestra que si algo proviene de Dios no podrá ser destruido jamás.

—¡Qué tal Potochito! Todo está en estar “enamorado de la vida”, como dices en tu poema:

EL POTOCHITO
Himno de Acción de Gracias

A cual más enamorado de la vida
y de merucas repletos sus bolsicos,
prosalla y safasique sale
llevando siempre a cuestras
su talega de atabales.

CORO:

¡Al trote!
Al estilo Miguelino.
Ahorrando zapatos,
al estilo tío Andrés.

Dirás:
“¡Hay ser un pateperro
ese shilico!”
Pero así como lo ves.
debajo del humilde potocho celendino
se esconde un erudito de la Biblia.

10 LA MAGIA DE RUBI

Los COMED (Congresos de Maestros de Escuela Dominical) son los acontecimientos que calan hondo en la experiencia de la comunidad evangélica en Lima porque asisten muchos niños y adolescentes juntos con sus padres, o con sus pastores y maestros. Por lo mismo, los COMED se revisten de una atmósfera de festival con la participación de magos, payasos, juegos y sorteos, música especializada en que participa el público con mucho desenvolvimiento.

Se había promocionado que el Gran Mago Bam-Bam se aparecería con su elenco de personajes publicitados, entre ellos, Mafalda, el Topo Gigio, Popeye, la Ballena que se tragó a Jonás, etc. Y que la ballena de Jonás se aparecería de un momento a otro para engullirse a algún niño o niña que se quedaba dormido.

¡Y se cumplió! Yo no salía de mi asombro cómo esa ballena de juguete pudo haberse tragado de un bocado a una niña adolescente, pero ocurrió ante mis propios ojos.

Yo había recorrido mi vista para ver a los niños o niñas más pequeños que pudieran servir para ser comidos. Por eso estoy seguro que Rubí no estaba allí. De haber estado presente, yo hubiera notado su tamaño de juguete y el fulgor de sus ojos inteligentes.

* * *

Acto seguido, me tocó mi turno a mí, justo antes de que la concurrencia se dispersara en el break del almuerzo.

Fui anunciado como “el Gran Mago Decodificador”, recientemente llegado de La Conga, para ser más exacto, de Minasconga, en la provincia de Celendín.

Subí al escenario, y lo primero que hice fue invitar a subir a mi lado a los dos payasos del COMED, cuyo acto estaba programado después del mío. Yo requería de la ayuda de Pompín y Morochito para mi acto.

Entonces empecé a hacer strip-tease. . .

Me saqué mi sombrero de paño, y se lo di a Pompín.

Me saqué mi saco, y se lo di a Morochito.

Me saqué mi corbata, y se lo di a Pompín.

Me saqué mi camisa, y se lo di a Morochito.

Me saqué mi cinturón, y se lo di a Pompín.

Ellos actuaban como mi guardarropa, porque yo quería ponerme cómodo para mi acto. Quería también que el público viera que yo no tenía una carta escondida bajo mi manga.

Luego se me ocurrió mirar de nuevo alrededor, para ver si había llegado la pequeña Rubí. Pero no vi a Rubí.

* * *

Entonces invité a una persona respetable e importante a subir al escenario y tomar asiento en una silla. Entre toda la concurrencia vi a un conocido pastor bautista que nos honraba con su presencia. Era la persona más visible a causa de su atuendo formal, con traje y corbata, como Dios manda. A él le rogué que me ayudara con mi acto, porque su sitial de pastor contribuiría a darle respectabilidad y credibilidad.

Se trataba del pastor Homero Calongos, que suele asistir a todos los COMED acompañado de su esposa Flor y de sus hermosas hijas que en hermosura le hacen competencia a las hijas de Job.

A él procedí a desabotonarle las mangas de su camisa.

Luego le saqué su corbata abigarrada y lujosa, y se la arrojé al público que la restó a las quitadas.

Luego le desabotoné los botones de su pecho, y a la voz de ¡TRES!, pude sacarle su camisa sin sacarle su saco, en medio de estruendosos aplausos y carcajadas de la concurrencia.

Pero más aplaudida fue la parte de mi acto en que procedí a sacarle su canzoncillo sin sacarle su pantalón. Fue muy difícil esta parte, porque su calzoncillo no era del tipo “hilo dental”, como ahora está de moda, sino de esos calzoncillos largos y ceñidos a las piernas, como aun usan algunos de nuestros abuelitos en pleno verano limeño.

* * *

Antes de realizar esta última parte de mi show eché de nuevo una mirada, pero la pequeña Rubí no estaba allí en medio del público presente. Entonces, si Rubí no había presenciado ese día mi acto de magia en el COMED, ¿cómo sabía que yo soy mago? ¿Acaso me ha visto actuar en la televisión?

El hecho es que se había convertido en mi más grande admiradora e imitadora.

Poco después descubrí el enigma: Ella había visto en la televisión a un mago de su edad y de su tamaño minúsculo, que con su capa de mago y su varita mágica hacía desaparecer la comida de su plato en un comercial de un producto nutritivo llamado SUSTAGEN. Y por alguna extraña asociación de ideas que es posible para los niños pequeños, pero absurda para la gente grande, ella vio en mí, un hombre de 67 años, a su mago infantil.

¿Cómo puede decodificar el enigma?

¡Facilongo, Calongo!

El pequeño mago de SUSTAGEN le decía a su mamá antes de hacer desaparecer la comida de su plato: “¡Yo hago magia!”. Y esa fue la frase que me dijo a mí, cuando me vio en la Galería de la CBUP.

* * *

Frente a la Santa Sede de la CBUP en la Avenida Brasil hay una galería de una cuadra de largo y de dos pisos, llena de stands que exhiben diversos productos, desde útiles de escritorio hasta la infinita parafernalia de la cultura rock y de la cultura de Bullywood: Ropa, tatuajes, *bijouterie*, incienso, *piercings*, música, etc. Pero destacan los servicios de fotocopiado y de programación electrónica.

Los muchachos de la Santa Sede la llaman “la Galería de la CBUP”, porque es su punto de reunión. Allí mismo se encuentran los stands de piratería de libros y cidís. Y uno de los primeros stands es de Ruth Vicharra que produce los materiales anillados para los estudios en la Santa Sede de la CBUP.

Ese día ella estaba ocupada haciéndole muchas fotocopias de cantidad de recibos a la mamá de Rubí que es empresaria.

Al comienzo pensé que Ruth acabaría rápido con ella, y esperé un momento para que me atendiera a mí.

* * *

Al verme, Rubí se deslizó abajo del elevado banco sobre el cual su madre la había hecho sentar, y tocando mi pancita sexy con la punta de su dedito, me dijo emocionada:

—¡Yo hago magia!

—¿Así? ¡Yo también hago magia!

—¡A ver, haz magia! —me dijo—.

Y se me ocurrió hacer un truco ante sus ojos asombrados. Se trataba del “hilo invisible” que no obstante que no lo ves ni lo sientes cuando lo intentas tocar, está allí, y sus efectos se observan cuando tira de un pedazo de papel.

La niña quedó boquiabierta y me siguió en todos mis movimientos con su mirada, sin poder descubrir el truco.

Su madre se mantuvo ajena a nuestra conversación, concentrada como estaba en su trabajo, pasando sus recibos a Ruth. Y aunque no lo demostraba, parecía alegre de que la niña encontrara un *baby-sitter* dispuesto a entretener a su guagua mientras ella se desentendía porque estaba concentrada en sus negocios. De otro modo, la pequeña Rubí estaría aburridísima.

* * *

Luego siguió este diálogo:

—¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Rubí, ¿y tú?

—Yo me llamo Moisés, ¿y cuántos años tienes?

Ella hizo magia con su mano que tenía escondida atrás e hizo aparecer ante mis ojos cuatro deditos, y me dijo:

—Cuatro añitos. . .

De nuevo hizo magia con su otra mano que tenía escondida atrás e hizo aparecer ante mis ojos tres deditos más. Y dijo:

—Y tres meses.

Luego vino su petición, a la manera de *El Principito*, del escritor francés Antoine de Saint Exupéry:

—¡Haz otro truco de magia!

* * *

No supe qué hacerme. Yo puedo hacer algunos cuantos trucos baratos si cuento con los objetos arreglados de antemano, pero allí no tenía nada a la mano. Ni siquiera una moneda de jebe de un sol que se dobla a discreción.

Al ver que Ruth no me atendería de inmediato y que Rubí me atormentaba pidiéndome que hiciera más trucos de magia, opté por volver más tarde, y a Rubí la levanté como si fuera una pluma y la hice sentar sobre su elevado banco.

Pero Rubí se deslizó abajo vertiginosamente y me siguió a la salida de la galería, mientras yo me despedía diciéndole que tenía prisa por volver a mis clases en la universidad.

Rubí me siguió en la Avenida Brasil, pero intervino Ruth para levantarla en sus brazos y decirle:

—No le sigas, Rubí, porque él es un señor muy ocupado y tiene prisa para ir a la universidad a dar su clase.

Su madre nos siguió de cerca y la apretó contra su pecho, y Rubí le dijo:

—Yo sólo quería darle un beso.

* * *

Esa noche soñé con Rubí.

En realidad se trataba más bien de una pesadilla, no de un sueño, porque me pedía un truco tras otro, y yo no le podía ni satisfacer ni sorprender. Por eso ahora me arrepiento de ser un mago barato, que nunca se me ocurrió especializarme y hacerme profesional a costa de esfuerzo y consagración. Sólo así saldría de apuros cuando me asedian los que más saben de magia: Los niños pequeños.

En la mañana siguiente acudí a la Galería de la CBUP para hacer mis fotocopias que no pude hacer el día anterior, y le digo a Ruth:

—Anoche soñé con Rubí. ¡Qué niña tan linda! ¿Vio cómo se pegó a mí? A la verdad, todos los niños pequeños se me pegan así, parece que los atraigo con mi magia personal.

Y me dice:

—Su mamá la trajo de regreso y le hizo sentar de nuevo en su elevado banco, y Rubí le dijo, queriendo llorar: “¡Yo sólo quería darle un beso!”

Le digo:

—En mi sueño, el banco de Rubí parecía un alto rascacielos de New York, sobre cuya cornisa ella estaba sentada agitando sus piecitos y haciendo magia con sus manos. Yo abajo del edificio temía que me viera, ¡y se deslizara tras de mí!

* * *

Para mi próximo viaje a Lima, en el verano del año siguiente cuando se celebra de nuevo otro COMED, añadí en mi maleta un regalo especial para Rubí: Una hermosa Caja de Magia para niños —de la marca registrada del famoso mago boliviano, Cachuchín—que había comprado en la feria de Alasitas de La Paz. Yo esperaba entregárselo personalmente pues esperaba ubicar a su madre gracias a Ruth Vicharra, que conoce o es amiga de su madre.

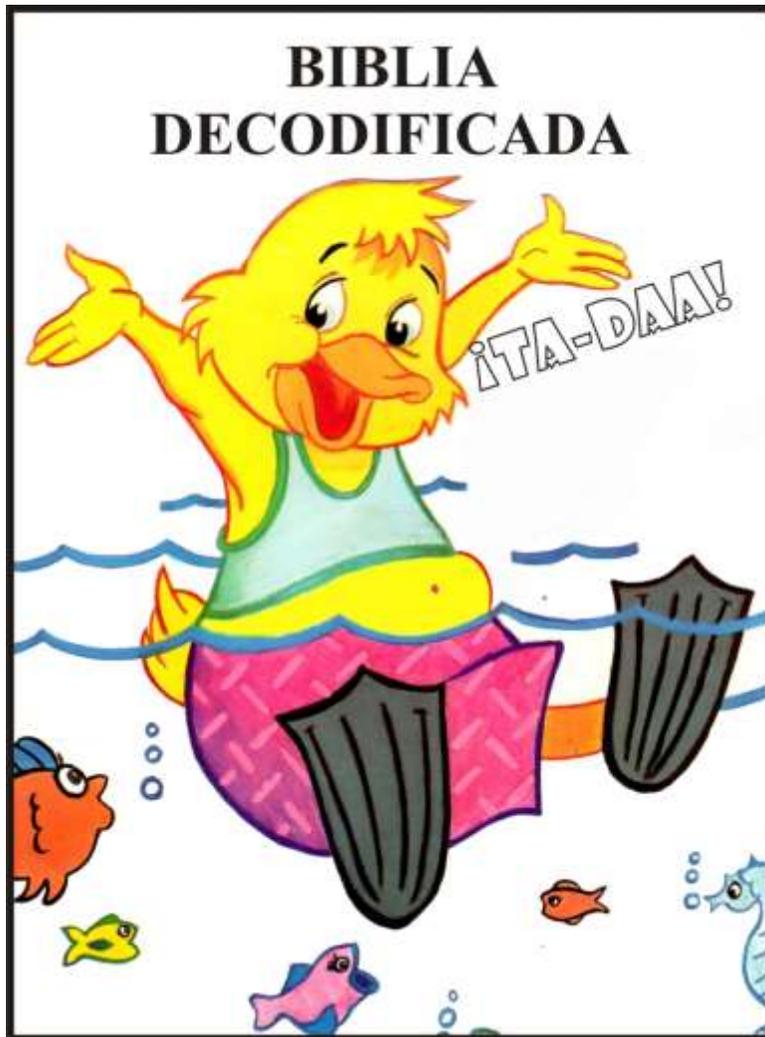
Como en el comercial del niño de SUSTAGEN, la caja contenía entre varios objetos para hacer trucos de aparecer y desaparecer cosas, una varita mágica que se hace y se deshace, y una pequeña capa negra de mago, que más parecía un retazo de una bolsa de plástico.

En realidad, yo soñaba con volver a ver a mi pequeña Rubí, que se había convertido en mi mejor amiguita. Y como sabía que me iba a pedir un truco tras otro, yo me había entrenado bien, con los objetos de su misma Caja de Magia infantil.

Pero no pude volverla a ver, y Ruth Vicharra me dice que ella tampoco la había vuelto a ver a su madre desde hacía un año, y que ni siquiera sabía cómo se llama.

Entonces me pregunto: ¿Acaso todo aquello fue un sueño? ¿O acaso es realidad?





**LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ
Y EL GRAN PBI: PROGRAMA BIBLIOTECA INTELIGENTE**



[Biblioteca Inteligente] [Biblia Decodificada] [Biblia RVA] [Separatas Académicas] [Antologías de Historias Cortas] [Estudios Universitarios] [Contacto]

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarcup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651